



Salvada POR EL
OSO PARDO

ASPEN RIDGE PACK: MOUNTAIN RESCUE

LUNA WILDER

SALVADA POR EL OSO PARDO

ASPEN RIDGE PACK: MOUNTAIN RESCUE

LIBRO 6

LUNA WILDER

ÍNDICE

[Want a free book?](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Want a free book?](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de Luna Wilder](#)

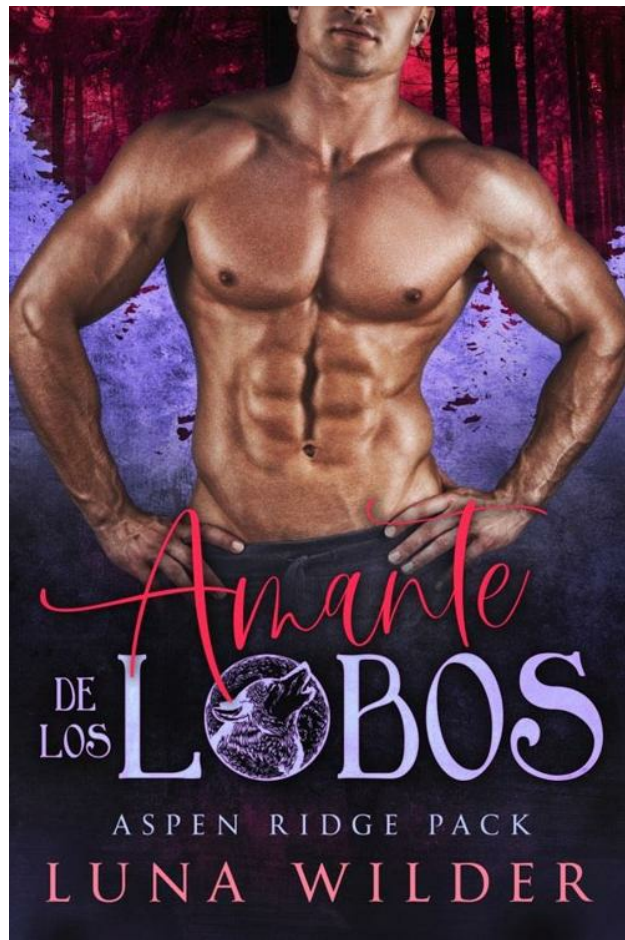
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro. No participe ni aliente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de sus derechos. Todos los personajes y las historias son propiedad del autor y su apoyo y respeto son apreciados. Los personajes y eventos representados en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivos o muertos, es coincidente y no intencionado por el autor.

Traducción por Athene Translation Services

Disponible en: <https://athenetranslatormc.wixsite.com/traslationservices-1>

WANT A FREE BOOK?

¡Consigue Wolf Lover gratis! ¡Puedes hacerte con tu copia [aquí](#)!



Visite www.lunawilderbooks.com para obtener más libros gratuitos.

*

Está casado con su compañera predestinada, pero todo es falso.

Morgan

Pensé que íbamos a Alaska de vacaciones familiares.

Resulta que en realidad era para otra cosa.

Mi boda.

En cuanto me entero de que estoy destinada a casarme con el insufrible amigo de mis padres, empiezo a idear un plan.

Si quieren que me case, eso es lo que haré.

Pero no con el hombre que han elegido.

Alec

Cuando encuentro a mi pareja predestinada, es literalmente mi sueño hecho realidad.

Cuando me pide que me case con ella, estoy totalmente de acuerdo.

Luego me dice que todo será falso para engañar a su familia y mi buen humor cae en picado.

Ahora tengo un problema.

Tengo que idear un plan para conquistar a mi mujer y hacerla mía.

Esta vez de verdad.

Bienvenido a la Manada de Aspen Ridge: Rescate de Montaña.

Estos cambiaformas ex-militares están a punto de conocer a sus parejas predestinadas. Sin embargo, tendrán que luchar para conservarlas.

UNO

Morgan

—¿NO es emocionante? —me pregunta mi madre, rodeándome los hombros con un brazo.

El movimiento es rígido, el brazo doblado en un ángulo extraño, y me fuerzo a sonreír mientras la miro. Yo estoy igual de tensa, con la espalda recta.

—Sí, emocionante —estoy de acuerdo.

La verdad es que estoy esperando a que caiga el otro zapato. Desde que mis padres me hablaron por primera vez de este viaje improvisado.

Mis padres y yo no estamos muy unidos; nunca lo hemos estado, y por eso me resultó tan extraño cuando mencionaron lo de pasar diez días en Alaska. Me ignoraron bastante mientras crecía, y cuando me mudé y me fui a la universidad hace cuatro años, nos distanciamos aún más.

La primera vez que plantearon este viaje, pensé que quizá el hecho de que me hubiera ido durante cuatro años les había hecho arrepentirse de cómo me habían tratado durante mi infancia. Tenía la esperanza de que este viaje fuera su forma de intentar compensarme. Todavía hay una parte de mí que siente que esto es una trampa.

—Vamos a facturar —dice mi padre mientras recoge su maleta y la de mi madre.

Saco mi propia maleta de la parte trasera del coche de alquiler y camino detrás de ellos hasta la estación de esquí de Aspen Ridge.

Sé que todavía tengo la guardia alta con mis padres, pero estoy deseando probar el esquí por primera vez. Crecí en el sur de California, donde la temperatura nunca baja de los cincuenta grados, así que Alaska es un shock para mi sistema. Me ciño más la parka mientras nos apresuramos a entrar en la estación.

Mi padre se dirige a registrarnos y yo miro alrededor, observando los ventanales gigantes. El complejo es de madera y me sorprende que mis padres eligieran este lugar. De hecho, me sorprende que hayan elegido Alaska.

Mis padres son unos esnobs. Les gustan las cosas buenas de la vida, lo cual está bien, pero también miran por encima del hombro a todo el que no pertenezca a su nivel social. Para ellos, todo gira en torno al aspecto y las apariencias, y siempre ha sido así. Se han ido de vacaciones a lo largo de los años, muchas, pero siempre a lugares como Aruba, París o Grecia. Cualquiera que fuera el nuevo lugar de moda para visitar, ellos estaban allí.

«Quizá Alaska sea el próximo gran lugar de vacaciones», pienso, aunque lo dudo.

Aspen Ridge, Alaska, es un pueblo diminuto lejos de todo. Por eso no me parece lógico que mis padres quisieran venir aquí.

—Aquí está la llave de tu habitación, Morgan.

—Gracias.

Agarro la llave a mi padre y les sigo obedientemente hasta el ascensor. Subimos a la cuarta planta en silencio. Es incómodo y tenso seguirlos por el pasillo hasta nuestras habitaciones.

—Voy a refrescarme —dice mi madre, y mi padre asiente.

—Tenemos reservas para cenar en el restaurante de abajo a las siete. Randolph ha quedado con nosotros.

Eso me deja helada y me vuelvo hacia ellos.

—¿Randolph? —Pregunto, y comparten una mirada ansiosa.

—Sí —dice mi madre, intentando parecer imperturbable—. También está aquí de vacaciones.

Esto no me gusta. Randolph es uno de los amigos estirados de mis padres. Me tira los tejos cada vez que lo veo y he intentado ignorarlo. Quiero decir, es lo suficientemente mayor como para ser mi padre.

—Oh, ¿es una coincidencia? —Pregunto, con la voz tensa.

—Sí —dice mi madre al mismo tiempo que mi padre dice— No.

Miro entre ellos, y mi madre niega con la cabeza a mi padre.

—No, no es una coincidencia —admite mi padre, y mi madre suspira.

—Oh —digo en voz baja, con el estómago hundido.

—Está aquí por tu boda —dice, y yo jadeo.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago y todo el aire hubiera abandonado mis pulmones.

—Mi boda —grito, y ambos me hacen callar.

—Sí, ahora que has terminado la escuela, es hora de sentar cabeza.

—Tengo veintiuno —digo, y luego me río.

No sé de dónde salió ese pensamiento. Quiero decir, qué ridículo forzar el matrimonio a tu hija como si fuera una solterona.

De repente, este viaje al medio de la nada, Alaska, tiene sentido. Estoy atrapada aquí y ellos lo saben. Esta es su manera de asegurarse de que siga adelante con la boda. En California, tengo recursos. Tengo amigos que me dejarían quedarme con ellos. Tengo dinero ahorrado allí. Podría haberme ido y escapado. Aquí, sin embargo, estoy atrapada. Ellos pagaron este viaje. Dudo que pueda pagar el vuelo de regreso.

Además, si intento irme, sé que mis padres amenazarán con retirar la financiación de la residencia de Susan. Ella fue mi niñera durante mi infancia, y ahora que es demasiado vieja para trabajar, mis padres han estado financiando su cuidado. Sé que solo lo hacían para quedar bien y ser caritativos con sus amigos, pero aun así se lo agradecía. Si me escapo, ¿qué le pasará a Susan?

Empiezo a sentir pánico. No me voy a casar con Randolph, eso seguro. Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Ve a asearte —ordena mi madre, y yo asiento con la cabeza, dirigiéndome aturdida a mi habitación de al lado.

La puerta se cierra tras de mí y me apoyo en ella, intentando que el pánico no me trague entera. Siento que la histeria se apodera de mí y respiro hondo varias veces, pero no sirve de nada.

No puedo irme. Solo llevo unos cientos de dólares encima y sé que me costaría al menos esa cantidad volver al aeropuerto. Podría intentar conseguir una nueva tarjeta de crédito, pero tardaría una semana en conseguirla y tengo que irme antes. Todos mis amigos acaban de

terminar la universidad y están tan arruinados como yo, así que sé que tampoco podrán ayudarme.

Entonces, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo salir de esta?

Una idea empieza a formarse en mi cabeza y me río al pensar más en ella.

Si es una boda lo que quieren, entonces eso es lo que haré.

Ahora, solo necesito encontrarme un novio.

DOS

Alec

—ALEC, hoy tienes la estación de esquí —me dice Niko, y yo asiento con la cabeza, ya poniéndome de nuevo la chaqueta.

Niko sigue dando órdenes y los demás empiezan a prepararse para salir también. Conocí a todos los que trabajan para el Rescate de Montaña de Aspen Ridge cuando estábamos juntos en el ejército. Soy el único marine del grupo y fui el último en unirme al equipo aquí. También soy el último de los chicos en encontrar a su pareja predestinada.

Escucho cómo Flint y Ash hablan de sus planes para esta noche con sus compañeras y me trago mis celos. Mi oso me da zarpazos y trato de ignorarlo. Ya sé lo que quiere. Yo quiero lo mismo.

Nuestra compañera.

Estuve en los Marines solo cuatro años antes de salir. Había visto cómo muchos de mis amigos resultaban heridos o muertos y sabía que tenía que salir mientras pudiera. Cuando Niko me llamó y me ofreció el trabajo aquí, no lo dudé, sobre todo cuando me enteré de que mis amigos también se habían alistado. Todos estábamos muy unidos cuando nos destinaron, probablemente porque éramos los únicos metamorfos de la base. Desde que empezamos a trabajar y a vivir aquí, en esta pequeña ciudad, no hemos hecho más que estrechar lazos.

Llevo aquí unos seis meses y estoy haciendo de Aspen Ridge y de la manada de aquí mi hogar. Lo único que me falta es mi pareja predestinada.

Salimos todos, me subo a la moto de nieve y me dirijo a la estación de esquí. No está lejos, aparco la moto en la estación y entro a hablar con la dirección.

Un fuerte grito me llama la atención y me giro cuando alguien se acerca a toda velocidad en esquí. Alargo la mano y atrapo a la mujer antes de que pueda arrollarme. Reacciono, levantándola de los esquís y deteniendo su impulso.

—¡Lo siento mucho! —La chica dice enseguida, y yo la vuelvo a dejar en el suelo.

—No pasa nada —le digo.

Se levanta, se baja la bufanda y jadea.

—¡Me has salvado! Era la primera vez que esquiba y probablemente debería haber empezado en una colina más fácil. Estaba desesperada por alejarme de mi familia y...

Ella sigue hablando, pero todo lo que puedo pensar es «compañera». Acabo de encontrar a mi compañera predestinada. Mi oso se vuelve loco dentro de mí, gritándome que la reclame, y miro a mi alrededor, observando a todos los testigos.

«¿A quién le importa?» Me gruñe y suspiro.

«Testigos humanos. Se asustarán si muerdo y me llevo a alguna chica. Además, vamos a asustar a nuestra compañera, señalo».

«Es guapa».

«No, es perfecta», le corrijo.

Y lo es. Veo su pelo negro asomando bajo el gorro de lana. Tiene las mejillas sonrosadas por el frío y una mirada brillante en sus ojos azules. Sus curvas están envueltas en su ropa de invierno, y quiero arrancársela para poder verla entera.

«Ahora sí...» dice mi oso, y yo pongo los ojos en blanco.

—Lo siento —dice, apartando la mirada de mí, y me doy cuenta de que cree que le estaba poniendo los ojos en blanco.

—Lo siento, tengo algo en el ojo. Creo que es una pestaña —miento, y ella asiente.

—Perdona por casi atropellarte.

—Estás bien. ¿Quieres algunos consejos? —Le pregunto, y ella duda.

Sé que tengo que ir a trabajar, pero no quiero perder de vista a mi compañero. Puedo patrullar las pistas y pasar el rato con mi compañera predestinada. Todos saldremos ganando.

Siento como si cada parte de mi cuerpo cobrara vida. El mero hecho de estar cerca de ella es electrificante.

«¿Es así como se sienten todos los cambiaformas? ¿Puede sentirlo ella también?»

—Soy Alec —digo, extendiendo la mano.

—Morgan.

—Bueno, estoy con el equipo de rescate de montaña. Tengo que patrullar las pistas y asegurarme de que todo el mundo está bien. Puedo llevarte arriba y darte algunos consejos —ofrezco.

—No quiero entrometerme en tu trabajo —protesta, y yo niego con la cabeza.

—No es ninguna molestia. Las pistas están bastante vacías ahora mismo. Habrá más gente cuando se acerque el fin de semana.

—Ah, entonces dices que hoy puedes holgazanear —bromea, y yo sonrío.

—Sí. ¿Qué dices? ¿Quieres unas clases particulares de esquí?

—Bueno, depende. ¿Cuáles son tus cualificaciones?

—Bueno, nunca he enseñado a nadie, pero he esquiado mucho.

—¿Y cuánto me costará? —Pregunta, y sé que es mi oportunidad.

—¿Qué tal si cenamos?

—¿Cena?

—Sí, incluso pagaré y te dejaré elegir el sitio.

—Me encantaría, pero me temo que tengo algo planeado para esta noche.

—Mañana entonces.

Me mira y luego asiente.

—De acuerdo, trato hecho.

—Es una cita —la corrijo, y ella agacha la cabeza, tratando de ocultar su sonrisa.

—Tengo que entrar y registrarme, pero volveré enseguida. Quédate aquí, ¿vale?

—Entendido.

Ella asiente y yo corro hasta el mostrador.

—Oye, ¿hay algo que deba saber? —Pregunto con prisa.

—No. Todavía no han llamado hoy.

—Vale, me voy.

El tipo que está detrás del mostrador me mira con extrañeza, pero le ignoro mientras salgo corriendo hacia mi compañera.

—¿Lista? —Pregunto cuando vuelvo a Morgan.

—Ojalá. En realidad tengo que entrar —dice, guardándose el móvil en el bolsillo.

Se me encoge el corazón y me pongo a pensar en cómo arreglar esto. No parece que quiera irse y lo tomo como una buena señal. Quizá ella también pueda sentir la conexión entre nosotros.

—¿Sigues en pie lo de cenar mañana? —Le pregunto y ella hace una pausa, estudiándose un momento.

—No me diste una lección.

—Lo haré. Dime la hora y el día.

Ella sonríe y asiente lentamente.

—De acuerdo. Cena, mañana. Yo me quedo aquí.

—Te recogeré. ¿A las seis?

—Eso funciona.

—Déjame anotar tu número. Por si surge algo.

Me pasa su teléfono y yo introduzco mi nombre y mi número y me llamo a mí mismo.

—Nos vemos mañana —dice mientras lucha por quitarse los esquís.

Agarro uno de sus agarres y aprieto el botón de liberación. Se sonroja y su pálida piel se tiñe de un rojo más oscuro.

—Gracias. ¿Seguro que todavía quieres enseñarme? Creo que soy una causa Perdida —dice riendo.

—No, estoy seguro de que lo entenderás rápido.

Me mira agradecida y asiente con la cabeza, agachándose para recoger sus esquís. Le cuesta sujetarlo todo, así que se los quito de las manos.

—Lo devolveré —le digo, y ella sonríe.

—Gracias. Hasta luego.

Asiento con la cabeza y la veo marcharse. Mi oso se pasea dentro de mí, enfadado porque la dejamos marchar sin más.

«Pronto volveremos a verla», se lo prometo, pero no sirve de nada. Sigue enfadado.

Cuando la pierdo de vista, devuelvo el equipo de esquí, vuelvo a la moto de nieve y salgo a patrullar. Me topo con Flint mientras me dirijo por un sendero lateral y él aminora la marcha.

—Bastante lento —dice entre bostezos, y yo asiento con la cabeza.

—Sí, las pistas están bastante tranquilas.

—¿Tienes algo? —Pregunta, y yo hago una pausa y lo suelto.

—Encontré a mi pareja predestinada.

Sus ojos se abren de par en par y luego sonríe.

—¡Mierda, Alec! Eso es genial. ¿Cómo se llama? ¿Dónde está?

—Se llama Morgan. Se aloja en el complejo.

—¿Conseguiste su número?

—Sí, y vamos a salir a cenar mañana.

—Guay. Felicidades, hombre —dice con una sonrisa de felicidad mientras se inclina y me da una palmada en el hombro.

—Es humana —le digo, y él asiente.

—Eso lo hace un poco más difícil —dice.

Sé que tiene razón. Con otro metamorfo, ambos habríamos sido capaces de oler que somos el uno para el otro y ya nos habríamos mordido y reclamado mutuamente. Sin embargo, con una

pareja humana, tendré que explicarle qué son los cambiaformas, las parejas predestinadas, el calor del apareamiento y todo eso.

—Ya lo tienes, Alec. Será genial, y sabes que puedes pedirnos ayuda a cualquiera de nosotros si la necesitas. Todos hemos estado en el mismo barco.

—Gracias.

Tiene razón. Todos mis amigos tienen parejas humanas y les funcionó, así que debería funcionar a mí también. Solo necesito no estropear nada.

—Mejor vuelvo al trabajo, pero te veré más tarde.

—Nos vemos —le digo, chocando los puños con él antes de irnos los dos en direcciones opuestas.

Continúo mi turno, escudriñando las laderas en busca de alguien que pueda necesitar ayuda, pero aparte de alguien que se tambalea con su tabla de snowboard, todo va bastante lento.

Estoy a punto de volver al cuartel general para registrarme antes de irme a casa a pasar la noche cuando recibo un mensaje. Saco el móvil y se me acelera el corazón al ver que ha sido Morgan quien me ha enviado el mensaje.

MORGAN: ¿Quieres tomar algo esta noche? Necesito relajarme un poco antes de intentar acostarme.

Alec: Claro. ¿Nos vemos en el bar del complejo en diez?

Morgan: Perfecto.

SONRÍO, guardo el móvil y giro la moto de nieve hacia la estación de esquí. Aparco detrás del edificio, entro y me quito la ropa de invierno. Me meto el gorro y los guantes en los bolsillos de la chaqueta y me bajo la cremallera. Hace un calor agradable y, al entrar en el bar, me encojo de hombros para quitarme el abrigo.

Morgan aún no ha llegado, así que me siento en una mesa tranquila al fondo de la zona del bar.

—Hola, ¿estás fuera de turno? —Me pregunta el camarero mientras deja una servilleta delante de mí.

—Sí, he quedado con alguien.

Asiente, añadiendo otra servilleta.

—¿Sabes lo que quieres pedir?

—Um, no. Esperaré hasta que llegue.

Asiente con la cabeza, se aleja para ver a otra pareja y yo escudriño la entrada. Morgan entra unos minutos después y yo trago saliva.

Maldita sea. Es malditamente hermosa.

Lleva un vestido color ciruela que abraza sus curvas y me hace la boca agua. Lleva el pelo recogido en una especie de elegante tirabuzón y parece fuera de mi alcance. Me trago los nervios y sonrío cuando se dirige hacia mí.

Me pongo en pie y me acerco a su silla.

—Oh, gracias.

—El placer es mío.

—¿Qué tal el trabajo?

—Aburrido —admito, y ella sonrío.

—Entonces, ¿fui la única a la que salvaste? —Me pregunta, y yo me río.

—Sí. ¿Qué tal la cena? —Pregunto.

Prefiero saber más de ella que hablar de mi turno tranquilo.

—Terrible, pero sabía que lo sería —suspira.

—¿En serio? ¿Fue la comida? Porque pensé que se suponía que era genial aquí.

—No, la comida estaba deliciosa. Era la compañía.

Mi oso ruge dentro de mí.

—¿Era una cita? —Pregunto al mismo tiempo que mi oso gruñe la pregunta dentro de mí.

—No. Fueron mis padres y... su amigo —termina.

Quiero preguntarle sobre eso, pero antes de que pueda, nuestro camarero vuelve para tomar nuestro pedido.

Morgan toma un menú y lo escanea rápidamente.

—¿Me trae un martini de frambuesa, por favor? —Ella pide.

—Claro, ¿y para ti, Alec?

—Tomaré una cerveza. Lo que haya de barril.

Asiente y vuelve al bar.

Morgan está mirando el lugar y me pregunto si le gusta.

—¿Qué te trajo a Aspen Ridge? —Le pregunto.

—Se supone que son unas vacaciones en familia —dice, y yo sonrío.

—¿Estás aquí con tu familia?

—Sí. Solo estamos mis padres y yo.

—¿Sin hermanos entonces?

—No, soy hija única. ¿Y tú?

—Hijo único. Aunque mis padres fallecieron hace unos años.

—Lo siento mucho, Alec.

—Gracias.

Nos quedamos en silencio un momento y luego el camarero vuelve con nuestras bebidas. Doy un sorbo a mi cerveza y veo cómo Morgan levanta su martini y se bebe la mitad de un trago.

Está claro que algo le preocupa, así que dejo mi cerveza.

—¿Va todo bien? —le pregunto, y ella da otro gran trago a su bebida.

—Esto va a parecer una locura —empieza, y mis cejas se alzan.

¿Va a decirme que ella también siente algo entre nosotros? ¿Puede decir que estamos hechos el uno para el otro?

Mi oso y yo estamos de los nervios mientras esperamos a que continúe.

—Esto va a sonar muy loco —repite ella— pero... ¿quieres casarte conmigo?

Me quedo con la boca abierta mientras mi oso ruge victorioso dentro de mí.

—Sí —suelto, y ella parpadea.

Estoy en shock. Pensé que ganarme a mi compañera sería más difícil que esto. No es que me queje, pero aún así. Esto parece demasiado fácil.

¿Qué está pasando aquí?

TRES

Morgan

«DIJO QUE SÍ.

Dijo que sí a mi loco plan».

Estoy sorprendida y extrañamente halagada por eso. Quiero decir, no puedo negar que me siento atraída por Alec. Tendría que estar muerta para no estarlo. Quiero decir, el hombre es guapísimo y parece un encanto. Me di cuenta de que era un buen hombre desde el momento en que evitó que me golpeará contra su pecho. Fue tan amable conmigo.

Creo que mi enamoramiento por él empezó en el momento en que me salvó de ir dando tumbos con los esquís hasta la ciudad. Cuanto más cerca estoy de él, más profundo es mi enamoramiento.

Cuando se me ocurrió este loco plan, pensé que entraría en razón o que no encontraría a nadie a quien pedírselo, pero entonces conocí a Alec.

Y dijo que sí.

Necesito volver a encarrilar esta conversación.

—Sería falso, obviamente —me apresuro a añadir, y él pone cara de que acabo de abofetearle.

—¿Obviamente? —Me pregunta, y trago saliva.

—Es decir, nadie se casa así a primera vista, ¿verdad? —pregunto, una risa nerviosa pasando por mis labios.

—Claro —dice, pero su voz suena casi decepcionado.

—Son mis padres —me apresuro a explicar.

—¿Te obligan a casarte de mentira?

—No, quieren que me case de verdad... con uno de sus amigos. Yo solo, no puedo hacerlo —admito.

Se acerca y pone su mano sobre la mía en la mesa, y yo me derrumbo en ese momento. Le hablo de mis padres y de su abandono. Le cuento lo sorprendida que estaba por este viaje y cómo me soltaron la bomba de que me iba a casar con Randolph aquí. Lo expongo todo, incluida mi teoría de que solo estoy aquí porque es fácil atraparme y sigo adelante. Me desahogo con Alec, sabiendo que merece oír todo esto antes de decidir nada.

—Lo siento, Morgan. Son idiotas por haberte tratado así durante tanto tiempo. No está bien.

Pestañeo para contener las lágrimas, asintiendo, y él me aprieta la mano.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo eso. Siento que te sientas atrapada aquí, pero

hay otras opciones. Puedo darte el dinero para que te alejes de ellos. Podemos encontrarte un lugar diferente aquí en la ciudad, en algún sitio donde no puedan encontrarte. Tengo una habitación libre, o si no te sientes cómoda con eso, sé que cualquiera de mis amigos y sus esposas te dejarían quedarte con ellos.

—No importa. Lo intentarán de nuevo, y la próxima vez, no me avisarán de antemano.

—No pueden obligarte a decir que sí —señala, y yo niego con la cabeza.

—Ellos pueden. Susan, mi antigua niñera, pagan las facturas de su residencia. Amenazarán con no hacerlo más. Lo han hecho antes.

Frunce el ceño y veo que busca otra salida.

—Casarme los retrasará. Me dará tiempo para hacer otros planes para mí y Susan. Diré que los trámites de divorcio van lentos o algo así hasta que se me ocurra algo.

—Lo has pensado muy bien —murmura, y yo asiento con la cabeza.

—Lo he hecho. Conozco a mis padres y sé que ésta es la única forma de detenerlos.

Alec asiente y yo respiro hondo mientras lo estudio. Me siento extrañamente mejor después de contarle a otra persona lo que me ha pasado. No me llevaba muy bien con nadie en el instituto y, cuando fui a la universidad, quería olvidarme de mis padres y de mi horrible infancia, así que nunca me abrí a nadie. Conocí a algunas personas en la universidad, pero no estamos muy unidos, sobre todo ahora que todos nos hemos graduado. Siempre me ha costado confiar en la gente, probablemente por cómo me criaron, pero con Alec sí confío.

Alec se pasa la mano por el pelo y veo que está buscando palabras. Me encuentro inclinada hacia delante, esperando y rezando para que siga diciendo que sí a casarse conmigo.

Quizá fueran mis problemas de confianza, pero nunca me he interesado por nadie. Cuando crecí, estaba muy centrada en hacer algo por mí misma para poder cuidar de Susan y no depender más de mis padres y de su dinero. Nunca salí con nadie en el instituto y nunca quise hacerlo. Cuando fui a la universidad, mi objetivo era el mismo, y ninguno de los chicos de allí me tentó nunca a desviarme de eso.

Nunca me había sentido así por nadie. No hasta que miré los ojos verdes de Alec. Es algo más que su atractivo lo que me tiene enganchada. Era como si tuviéramos una conexión instantánea, una energía entre nosotros que ni siquiera puedo describir. Es un sentimiento en lo más profundo de mis entrañas que me dice que él es uno de los buenos y que estamos destinados a ser algo el uno para el otro.

Por favor, di que sí.

Respira hondo, sus ojos verdes se cruzan con los míos y yo contengo la respiración esperando a ver qué dice.

—Aún así me casaré contigo. Si tú quieres.

La euforia, el alivio y la sorpresa surgen en mi interior y sonrío, riendo mientras me reclino en el asiento.

—Gracias, Alec. De verdad —le digo sinceramente, y él asiente una vez.

—Solo tengo una condición —dice, y yo parpadeo, mirándole fijamente.

—¿Qué es eso? —pregunto vacilante.

—Me das la oportunidad de hacer realidad este matrimonio.

Me quedo con la boca abierta, pero asiento con la cabeza antes de pensarlo.

—De acuerdo —acepto, con voz suave, pero él me oye.

—Entonces es un trato.

Me tiende la mano, la estrecho y le doy un apretón.

No es así como pensaba que empezaría mi matrimonio, pero no puedo decir que me

arrepienta de nada.

Al menos todavía no.

CUATRO

Alec

CUANDO ME DESPIERTO a la mañana siguiente, casi espero recibir un mensaje de texto de Morgan diciendo que ha cambiado de opinión y que cancela todo. Me da pavor mirar el móvil y me siento aliviado cuando veo que el único mensaje es de Ash, preguntándome si puedo ir antes a mi turno de mañana para sustituirle un rato. Le respondo que no hay problema y salgo de la cama.

Morgan y yo pasamos la mayor parte de la noche hablando de nuestro matrimonio. Planeamos quedar hoy para comer y luego ir al ayuntamiento a solicitar la licencia de matrimonio. Miro el reloj y veo que aún me queda una hora para reunirme con ella.

Me dirijo a la ducha, ignorando a mi oso que merodea de un lado a otro dentro de mí. Anoche quería que durmiera fuera de su habitación de hotel, y fue una lucha para volver a casa en su lugar.

«Deberíamos estar con ella, me gruñe. ¿Y si sus padres intentan algo?»

Se me revuelve el estómago al pensarlo, pero me encojo de hombros.

«Si tuviera problemas, me habría mandado un mensaje o me habría llamado.

Tal vez», está de acuerdo.

Me meto bajo el agua caliente y me doy prisa en ducharme. Ahora estoy preocupado por Morgan y sé que voy a pasarme pronto por la estación de esquí para ver cómo está.

Salgo y me envuelvo la cintura con una toalla. Tomo el móvil y le envío un mensaje a Morgan.

ALEC: Me pasaré por el complejo y te recogeré en veinte minutos.

Morgan: No hace falta. Mis padres van a la ciudad a echar un vistazo.

Alec: No me importa.

Morgan: Bueno, nos vemos pronto.

ME DIRIJO A MI HABITACIÓN, me visto, me pongo unos vaqueros oscuros y una franela. Se supone que hoy va a hacer frío y viento, y sé que tendré que vestirme para el clima, incluso con mi oso manteniéndome caliente.

Agarro el móvil y las llaves y me dirijo a la puerta. Mi furgoneta está aparcada en el garaje junto a la casa, subo a ella y salgo por la carretera en dirección a la estación de esquí.

Cuando llego, Morgan ya me está esperando delante. En cuanto la saludo, corre hacia mí y se sube al camión.

—¡Vamos! —Ella dice, agachándose, y yo despego.

—¿De quién huimos? —pregunto mirando por el retrovisor, pero no veo a nadie que nos persiga o parezca sospechoso.

—Mis padres y Randolph —gime, incorporándose en su asiento.

«¿Lo ves? Mi oso gruñe. No debimos dejarla anoche. Solo llévala a nuestra casa. Ella puede esconderse allí y podemos hacerla nuestra».

—¿Por qué huimos de ellos? —Pregunto, ignorando a mi oso pardo.

—Intentan que vaya con ellos a la ciudad. Estoy segura de que era para pedir la licencia de matrimonio. Para eso necesitan a los novios —dice, y yo gruño en voz baja.

—¿Qué harán cuando no puedan encontrarte?

—Mencioné que quería husmear por el complejo. Con suerte asumirán que estoy allí y me seguirán echando de menos.

—¿No irán a buscarte?

—No, eso sería demasiado esfuerzo —dice, sonando resignada.

No puedo imaginarme crecer tan solo. Parece que su niñera la crió, pero aún así tiene que ser solitario.

Crecí en una pequeña manada en Montana. Mis padres y yo estábamos muy unidos. Íbamos a correr juntos todas las semanas. Siempre estuvieron a mi lado, ayudándome con los deberes y a encontrar mi primer trabajo. Les entristeció verme alistarme en los Marines, pero sé que también estaban orgullosos de mí. Es una pena que hayan muerto y los echo de menos todos los días.

Odio que mi compañera no tuviera ese tipo de infancia. Ojalá pudiera arreglarlo, pero no puedo.

Mi oso gime dentro de mí y me aclaro la garganta mientras giro el camión hacia la ciudad.

—¿Debería preocuparnos que tus padres te vean en la ciudad?

—Depende de adónde vayamos.

—Hay una cafetería que está bien. O podríamos salir un poco de la ciudad a un café.

—La cafetería está bien. No pondrán un pie allí.

—¿Por qué no?

—Son unos esnobs.

Asiento con la cabeza y me dirijo al restaurante Full Moon. El lugar está tranquilo cuando llegamos, probablemente porque aún no es mediodía.

Aparco cerca de la puerta y salgo de un salto, apresurándome a abrir la puerta de mi compañera y ofrecerle la mano.

—Gracias.

—Claro... cariño —digo, probando el apodo.

Morgan enarca una ceja y yo sonrío, encogiéndome de hombros.

—Solo lo estoy probando.

—Sigue probando —sugiere, y yo sonrío mientras nos dirigimos al interior.

—¡Siéntate donde quieras! —Indica una camarera, y conduzco a Morgan a un reservado al fondo, lejos de las ventanas, pero cerca de la salida de emergencia, por si acaso sus padres pasan por allí y tenemos que escabullirnos.

—Iremos al Ayuntamiento después de esto, ¿verdad? —Me pregunta, y yo asiento.

—Me parece bien. Tendremos que esperar tres días —le digo.

—Lo sé. Debería poder pasar desapercibida y evitar a mis padres durante tanto tiempo.

—Avísame si necesitas ayuda para esconderte.

—Lo hare —promete.

Ambos tomamos un menú y yo la estudio mientras lo hojea. Hoy está muy guapa. Lleva el pelo largo y negro recogido en una coleta baja, pero se le han soltado algunos mechones, probablemente cuando se quitó el sombrero.

Lleva un jersey rosa claro que parece tan suave. Me dan ganas de tocarla, pero no sé cómo reaccionaría.

«No la asustes», me dice mi oso, y aprieto los dientes.

«Estoy en ello».

La camarera se acerca y pido un agua y una hamburguesa con queso.

—Tomaré un sándwich y agua, por favor. Gracias —pide Morgan.

Una vez solos, me vuelvo hacia ella.

—Hablemos de nuestra boda —empiezo, y ella sonríe.

—¿Qué pasa con eso?

—¿No has planeado tu boda desde que eras pequeña? —pregunto, y ella resopla.

—Dios, no. Nunca he tenido una cita, y mucho menos he pensado en casarme.

—Bueno, ahora sí.

Nos miramos brevemente y me aclaro la garganta.

—¿Cómo quieres casarte? ¿Una pequeña ceremonia? Podemos traer a algunos de tus amigos —ofrezco.

—No, creo que una boda sencilla en el juzgado está bien. Puedes invitar a tus amigos si quieres —me ofrece, y yo asiento con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Y los anillos?

—No tenemos que hacer todo eso —protesta.

—Quiero hacerlo.

—Sorpréndeme —dice mientras la camarera nos trae el agua.

—De acuerdo.

Ambos bebemos un trago de agua y nos miramos fijamente.

—¿Quieres ir a ver vestidos de novia? Hay una pequeña boutique a una calle de aquí. Tienen vestidos de novia, de graduación y de dama de honor. Ese tipo de cosas.

—Me lo pensaré —dice.

Nos traen la comida un minuto más tarde y ambos comemos. Sé que tengo que hablar con los chicos de Rescate de Montaña y trazar un plan. Creo que las cosas van bien entre nosotros, pero solo tengo unos días para demostrarle que casarnos de verdad es una buena idea, hablarle de los cambiaformas y las parejas predestinadas y convencerla de que estamos hechos el uno para el otro. Hay mucho que hacer en poco tiempo.

Terminamos de comer y pago la cuenta, para enfado de Morgan.

—Debería haber pagado. Me estás haciendo un favor —refunfuña mientras volvemos a mi camioneta.

—Quería invitarte a salir. Es casi como una cita, como la que aún me debes por las clases de esquí —le digo, y ella intenta ocultar su sonrisa.

—¿Qué clases de esquí? —Pregunta, y yo sonrío.

—Las que te daré cuando estés lista.

—Entonces, ¿cenamos esta noche? —Me pregunta mientras me deslizo detrás del volante.

—Sí. ¿Te recojo a las seis?

—Eso funciona.

Hacemos el corto trayecto hasta el ayuntamiento y nos apresuramos a entrar. Veo que Morgan mira a su alrededor en busca de algún rastro de sus padres mientras nos dirigimos a la oficina del secretario del condado.

Estamos en la cola, esperando nuestro turno, y me reúno con mi oso. Ha estado tranquilo desde que recogimos a Morgan. Creo que es porque está contento de que tengamos a nuestra compañera cerca.

Nos acercamos al mostrador y firmamos los formularios. Pago y Morgan me fulmina con la mirada.

—Vamos.

La tomo de la mano y la saco del ayuntamiento para llevarla a mi camión. Sus mejillas están rojas y el viento la quema mientras enciendo el camión y apunto todas las rejillas de ventilación hacia ella.

—Creo que hoy no esquiaré —dice temblando.

—No te culpo. No creo que nadie salga hoy a las pistas.

—No sé cómo puedes vivir aquí arriba —dice, y yo me tenso.

—No está tan mal. Te acostumbras al frío. Compra mejor ropa de invierno, pasa más tiempo dentro.

—Tal vez.

—¿Adónde vamos ahora? —Le pregunto mientras salgo del aparcamiento.

—De vuelta al resort, supongo. Necesito jugar limpio con mis padres por un tiempo, especialmente si voy a saltarme la cena de esta noche.

Odio llevarla de vuelta con ellos, pero asiento con la cabeza y hago lo que me pide.

«Pronto volverá con nosotros», tranquilizo a mi oso antes de que pueda empezar a discutir.

Hablamos de cosas sin importancia durante el viaje de vuelta, y tengo que obligarme a soltarla cuando paramos delante del complejo.

—Te veré en un rato —me dice mientras le abro la puerta del camión fuera del complejo.

—Sí. A las seis. Te recogeré en la Puerta —confirmo.

—Nos vemos.

Ella se inclina, rozándome un beso en la mejilla y yo agarro con más fuerza la puerta de mi camioneta para no agarrarla y arrastrarla contra mí para saborearla mejor.

Luego se da la vuelta y entra en la estación. La miro irse antes de subir a mi camioneta y dirigirme al cuartel general de Rescate en Montaña.

Es hora de que elabore un plan para ganar a mi compañera predestinada.

CINCO

Morgan

ALEC ME RECOGE JUSTO a tiempo y sonrío cuando me abre la puerta del pasajero.

—¿Qué tal la tarde? —Me pregunta mientras se pone al volante y salimos del aparcamiento.

—Larga —Mis padres se enfadaron porque no me encontraron antes. Me gritaron un rato y luego se fueron a cenar a algún lugar de la ciudad —.

—Entonces, ¿no deberíamos ir a ningún sitio de la ciudad? —Me pregunta, mirándome con preocupación.

—Probablemente no.

—Bueno, hay algunos sitios cerca, o podemos ir a mi casa y puedo cocinar para nosotros — ofrece.

Me encanta que siempre esté pendiente de mí. No había tenido a nadie que hiciera eso desde Susan, y no me había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos.

—¿Podemos ir a tu casa? —pregunto, y él asiente.

—Por supuesto.

Se aleja del pueblo y yo miro por la ventanilla mientras conducimos por unos caminos de tierra. Las casas de Aspen Ridge están muy dispersas, pero pasamos junto a unas cuantas a medida que subimos por la montaña.

Unos minutos más tarde, aparcamos delante de una preciosa cabaña de dos plantas. Es una cabaña de madera con dos porches envolventes, uno en la planta baja y otro en el segundo piso. Es la casa de mis sueños y suspiro con nostalgia al mirarla.

—¿No te gusta? —Me pregunta, y me giro para mirarle.

—No, me encanta. Mataría por vivir en un sitio así —le digo mientras aparca y se baja.

—Espera, déjame abrir tu puerta. Puede que haya hielo.

Se apresura a llegar a mi lado y me agarra de la mano mientras salgo de su camioneta.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —le pregunto mientras nos dirigimos a la puerta principal.

—Desde que me mudé a la ciudad. Sabía que no quería vivir en la ciudad. Quería más espacio para... más intimidad —termina, y yo asiento con la cabeza.

Me pregunto qué iba a decir, pero estoy demasiado cautivada por la casa para preguntárselo. Abre la puerta y me hace un gesto con la mano para que entre delante de él.

Su casa está limpia y huele como él. A pino y miel. Hay una escalera a la derecha y me asomo por ella. Sé que probablemente solo haya dormitorios y baños, pero me muero por verlos.

El salón está a nuestra izquierda, y Alec me guía hacia el interior de la casa.

—¿Voy a hacer el tour? —pregunto, y él asiente.

—Claro. Esta es la sala de estar. Vamos.

Me guía por el salón hasta la cocina. Luego pasamos junto a un aseo y su despacho. El despacho está vacío, salvo por un escritorio y una silla.

—En realidad no me traigo trabajo a casa —admite encogiéndose de hombros—. Así que en realidad no necesito una oficina.

—Me gusta —le digo sinceramente.

—Arriba solo hay dormitorios —me dice, llevándome de vuelta a la cocina.

Una parte de mí quiere pedirle ver su dormitorio, pero no soy tan atrevida.

«Quizá tenga la oportunidad de verlo pronto...»

Me muerdo una sonrisa de satisfacción al pensar en eso mientras nos dirigimos a la cocina.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —Me pregunta mientras me acerca un taburete.

—¿Tal vez solo un poco de agua?

—Claro.

Toma dos vasos y los llena de agua antes de pasarme uno.

—¿Qué te apetece cenar?

—¿Qué tienes? —Contesto.

—Veamos.

Abre la nevera y examina el contenido antes de pasar a los armarios.

—Huevos con bacón —dice tímidamente, y yo me río.

—¿No eres un gran chef? —Pregunto, y él resopla.

—En absoluto —dice riendo—. Pasé de la casa de mis padres a los Marines, donde comía en la cafetería o tenía comida empaquetada. Nunca tuve que cocinar para mí. Hasta que salí de los Marines. He estado sobreviviendo a base de almuerzos, comidas congeladas y comida para llevar durante los últimos seis meses.

—Bueno, por suerte para ti, a tu prometida le encanta cocinar —digo mientras me deslizo fuera del taburete y me dirijo a la nevera.

No miente. Solo le queda un paquete de bacón y unos huevos en la nevera. Rebusco en los armarios y encuentro penne, pero es todo lo que tiene.

—¡Huevos con bacón! —Digo, cogiendo las cosas de la nevera.

Tomo dos sartenes y me pongo manos a la obra.

—¿Cómo aprendiste a cocinar? —Me pregunta mientras añado el bacón a la sartén.

—Susan. Fue mi niñera de pequeña, pero para mí era más como una abuela. Me enseñó a cocinar. Nos encantaba hornear juntas —le digo, sonriendo con cariño.

—Suenan genial.

—Ella lo es. Ha ido empeorando en los últimos años. Le diagnosticaron demencia justo después de que me fuera a la universidad, y cada vez que iba a casa a visitarla, no... Me quedo sin palabras y él me tiende la mano.

—Estoy seguro de que aún significa mucho para ella.

Asiento con la cabeza, tragándome algunas lágrimas.

—Eso espero. Me dolía verla así, y me sentía tan culpable por tener que dejarla sola. Yo era su única familia, ¿sabes? Nunca se casó ni tuvo hijos. Solo estaba yo.

Le doy la vuelta al beicon en la sartén y me aclaro la garganta.

—No creo que le quede tanto tiempo —digo en voz baja.

—Lo siento.

—Es como si ya la hubiera perdido —suelto, y me tapo la boca—. Dios, ¿sueno como una

persona terrible?

—No, Morgan. No. La demencia es una enfermedad horrible. Tiene que ser tan duro ver a alguien pasar por eso.

Me envuelve en sus fuertes brazos y dejo que me abrace así hasta que controlo mis emociones.

—Estoy quemando el tocino —le digo cuando me retiro y me sonrío amablemente.

—Me encanta el tocino quemado.

Me río, secándome los ojos mientras apago el quemador y me apresuro a retirar el beicon antes de que pueda quemarse de verdad.

—¿Cuántos huevos y cómo los quieres? —le pregunto.

—Cuatro, por favor, y salteados.

Levanto las cejas, pero no digo nada mientras echo los huevos en la sartén. Alec cambia de tema y empieza a contarme anécdotas divertidas de su época en los marines. Eso ayuda a relajar el ambiente y, mientras nos sentamos a comer, me doy cuenta de que me gusta estar cerca de Alec.

Ahora creo que podría tener un problema.

Creo que me estoy enamorando de mi falso prometido.

SEIS

Alec

«DEBERÍAMOS HABER HECHO PLANES CON ELLA», me gruñe mi oso por millonésima vez desde que dejamos a Morgan en la estación de esquí.

Ha estado muy ansioso desde anoche y no puedo culparlo. A mí también me pone nervioso que nuestra compañera esté sola con sus padres y con ese idiota de Randolph. Anoche le dejé salir a correr, con la esperanza de que quemara algo de energía, pero no funcionó. Acabamos corriendo hasta el complejo y viéndolo un rato antes de volver corriendo a casa.

«Deberíamos llamarla», dice mi oso, merodeando de un lado a otro dentro de mí.

«Estamos de servicio», le recuerdo.

—¿Alec? ¿Estás con nosotros? —Niko pregunta, y yo parpadeo.

—Sí, estoy aquí.

—¿Quieres el complejo de nuevo hoy? —Me pregunta, y yo asiento con la cabeza.

—Sí, eso sería genial.

—Ve a buscar a tu chica —me dice, y me siento aliviado mientras salgo corriendo hacia mi moto de nieve y arranco.

Aparco en mi plaza habitual detrás del edificio y me apresuro a registrarme en recepción.

—¿Alguna llamada? —Pregunto distraídamente.

—No, todavía no. Tuvimos algunos invitados que dijeron que querían ver el sendero de North Pine. Tal vez quieras echarle un vistazo.

—Entendido —digo.

Echo un vistazo al vestíbulo mientras salgo, pero no veo a Morgan por ninguna parte. Espero que esté en su habitación o en las pistas. En cualquier sitio menos con sus padres y su amigo.

Me dirijo a mi moto de nieve y es entonces cuando la huelo. Levanto la vista bruscamente y veo a Morgan caminando por el aparcamiento.

—¡Morgan! —La llamo, y sonrío cuando me ve.

—¡Oye! ¿Estás patrullando aquí otra vez?

—Sí, acabo de empezar mi turno —le digo—. ¿Qué haces?

—Evitar a mis padres.

—Ah. Bueno, ¿quieres venir conmigo en mi turno? Me dirijo a ver algunos senderos y luego a las pistas. Podría ser capaz de dar en esa lección de esquí que te debo.

—De acuerdo —dice apresuradamente, y me pregunto si habrá ocurrido algo más esta mañana para tenerla tan alterada.

Subo a la moto de nieve y le ofrezco la mano para que suba detrás de mí. Me rodea la cintura con los brazos y mi oso suspira. Estamos en paz por primera vez en las últimas dieciocho horas.

—¡Agarrate fuerte! —Le aviso antes de arrancar la moto de nieve y salir hacia el sendero de North Pine.

Conduzco más despacio de lo normal y escudriño el camino. Nos cruzamos con algunos turistas, pero nadie necesita ayuda en ese sendero. Tomo otro camino, subiendo más por la montaña. Algunas personas nos paran para preguntarnos cómo llegar, pero nadie necesita ayuda.

Es agradable estar así con Morgan. Puedo sentir cómo su ansiedad y su estrés desaparecen a medida que exploramos los distintos senderos. Estoy feliz de poder ayudarla en algo. Estoy feliz de estar a su lado.

—¿Quieres ir a las pistas? Probablemente pueda darte una clase rápida antes de volver al trabajo —ofrezco.

—No, hoy estoy demasiado cansada —dice—. ¿Podemos seguir dando vueltas?

—Claro. Voy a volver al Cuartel General para registrarme muy rápido. ¿Quieres venir conmigo o puedo dejarte en algún sitio?

—Iré contigo.

Asiento con la cabeza y nos ponemos en marcha hacia la central de rescate de montaña. El trayecto se hace rápido y ayudo a mi compañera a bajar de la moto de nieve antes de entrar.

—¡Hora de comer! —Davis llama mientras lleva unas pizzas de su camión.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto, y él asiente, pasándome unas cajas.

—Hola —le dice a Morgan, y yo sonrío.

—Morgan, este es Davis. Davis, Morgan.

—Me alegro de conocerte por fin. Éste lleva unos días hablando de ti —le dice Davis a Morgan.

Veo que Morgan agacha la cabeza, tratando de ocultar su sonrojo, y sonrío.

—Vamos. Te presentaré a los otros chicos.

Entramos, dejo las pizzas y rodeo la cintura de Morgan con el brazo, atrayéndola hacia mí.

—Chicos, este es Morgan. Morgan, estos son Niko, Gunner, Ash y Flint.

—Encantada de conocerlos —dice, y todos asienten, dedicándole sonrisas amistosas.

—Siéntate y come. Todos tenemos que volver pronto a nuestro turno —Dice Niko, y hacemos lo que nos ordena.

—¿Ustedes también fueron militares? —pregunta Morgan mientras tomo unos trozos de pizza y le paso el plato.

—Sí. Niko, Gunner y yo éramos del ejército, Flint y Ash del ejército aéreo, y Alec era marine. Nos vimos unas cuantas veces cuando estuvimos destinados juntos en el extranjero —explica Davis.

—Es genial que sigan trabajando juntos —dice Morgan mientras comemos.

Los chicos le preguntan a Morgan por ella y yo escucho sus respuestas con impaciencia. Me doy cuenta de que pasa por alto a su familia y sé que tengo que acordarme de preguntarle qué ha pasado esta mañana para que esté tan triste.

Terminamos de comer y los demás chicos se preparan para volver a sus turnos.

—¿Lista para irnos? —Le pregunto a Morgan, y ella asiente.

—¡Ha sido un placer conocerlos a todos! —Ella dice.

—¡A ti también! —Los chicos gritan.

—Nos vemos luego. Estoy seguro de que Elle querrá invitarlos a cenar pronto —dice Niko mientras salimos.

Volvemos a la estación de esquí, aparco detrás del edificio y la ayudo a bajar.

—¿Cuál es tu plan para el resto de esta noche? —Le pregunto, y ella se encoge de hombros —. Oye, ¿qué pasa?

La estrecho entre mis brazos y ella apoya la frente en mi pecho.

—Ha sido un día largo —admite—. Mis padres me hicieron ir al pueblo a tramitar la licencia de matrimonio esta mañana.

—Pero... —Empiezo, y ella me mira.

—Escribí mal la fecha de nacimiento y el número de la seguridad social. No lo aprobarán —me asegura.

—¿Por qué no entras y pides servicio de habitaciones? O te reservo unos servicios de spa. Se supone que este sitio es estupendo —le aseguro, y ella me dedica una pequeña sonrisa.

—Eso suena muy bien, pero estoy segura de que están reservados. Creo que voy a pedir el servicio de habitaciones, sin embargo, y tal vez solo leer un libro esta noche.

—Eso suena bien. Intenta relajarte —la animo—. Veré si puedo reservarte para el spa mañana. Te ayudará a evitar a tus padres y a relajarte para nuestra boda del día siguiente.

Sonríe y me abraza.

—Ojalá estuviéramos juntos de verdad —susurra, pero yo la oigo.

Mi oso ruge victorioso dentro de mí y quiero decirle que esto es real para mí, pero entonces recuerdo que aún tengo que hablarle de los cambiaformas y las parejas predestinadas.

—Ve mañana al spa y luego cena conmigo. Deberíamos hablar antes de nuestro gran día —le digo, y ella asiente.

—De acuerdo.

—Te mandaré un mensaje.

Ella asiente y yo me inclino, rozando su mejilla con un beso. Dudo y Morgan gira la cabeza, nuestras miradas se cruzan antes de que la suya se pose en mis labios. No puedo resistirme y cierro la distancia que nos separa, sellando su boca con la mía.

Me agarra con fuerza y yo levanto la mano, le acaricio la cara y profundizo el beso.

«¡Muérdela!» Me grita mi oso, y yo le ignoro.

«Todavía no. La luna llena es en dos días. Será nuestra entonces».

Unos niños gritan cerca, y Morgan salta en mi agarre, tirando hacia atrás.

—Debería entrar —dice a regañadientes, y yo asiento con la cabeza, relamiéndome su sabor en los labios.

—Te veré mañana.

Me saluda con la mano mientras se dirige al complejo y yo salgo por la otra salida para ir al spa. Tengo que mover algunos hilos, pero consigo que Morgan pase mañana un día completo en el spa. Le envío un mensaje con los detalles mientras vuelvo a la moto de nieve.

MORGAN: ¡Muchas gracias! Eres el mejor. No te merezco.

Alec: Te mereces lo mejor de todo. Yo soy el que no te merece. Nos vemos mañana.

ME SUBO de nuevo a la moto de nieve y vuelvo al trabajo, pero solo puedo pensar en la charla que tengo que tener mañana con mi compañera.

Es hora de que se lo cuente todo. Merece saber la verdad antes de que nos casemos.

SIETE

Morgan

AÚN ME QUEDA un día para la boda, pero no puedo alejarme de Alec. En parte es porque no soporto estar en el complejo, donde podría encontrarme con Randolph o mis padres en cualquier momento, pero hay otra parte de mí que ansía estar cerca de Alec.

Cuando le envié un mensaje esta tarde preguntándole si quería ir a cenar, me respondió enseguida y me invitó a su casa. Tengo que encontrarme con él fuera en unos minutos y terminar de abrigarme antes de salir a hurtadillas de mi habitación y dirigirme al ascensor. Oigo a mis padres en la habitación de al lado y me apresuro a pasar antes de que puedan detenerme.

Sé que mis padres y Randolph están enfadados conmigo. Lo han dejado bastante claro esta mañana en el desayuno. Todos me habían regañado mientras comíamos. Me había limitado a guardar silencio, y pronto la conversación giró en torno a nuestra boda. Ese pensamiento me había hecho perder el apetito, aunque sabía que no me casaría con Randolph. Nos denegarán la licencia de matrimonio y, para entonces, ya estaré casada con Alec. Solo necesito aguantar un día más.

El ascensor se detiene en la planta baja y me apresuro a salir por la puerta principal. La camioneta de Alec está parada en la puerta, él salta y me abre la puerta.

—Hola —dice con una gran sonrisa, y yo le devuelvo la sonrisa.

—Hola. Hoy te he echado de menos —suelto.

Quiero retirar las palabras. No tengo ni idea de qué me llevó a decirle eso. Siento cómo se me enciende la cara de vergüenza mientras subo a su camioneta.

—Yo también te he echado de menos —dice suavemente.

Mis ojos se encuentran con los suyos verdes y sonrío.

—¿Tienes hambre? He encontrado esta receta en Internet. Se echa todo en una olla de cocción lenta y se cocina todo el día. Me siento bastante optimista al respecto —dice mientras sube al asiento del conductor.

—Seguro que será genial —le digo, y él sonrío mientras se acerca y me toma de la mano mientras despegamos.

Probablemente debería preocuparme más que alguien nos vea juntos, pero cuando estoy con él, no me molesta. Me encanta lo libre y feliz que me siento cuando estoy con él.

Hablamos de camino a su casa. Me pregunta cómo me ha ido el día y yo le miento y le digo que bien. No quiero contarle lo de esta mañana con mis padres y Randolph. Sé que eso solo le disgustará.

Llegamos a su casa, me abre la puerta y me lleva de la mano mientras subimos al porche. Me deja entrar primero y yo gimo.

—Aquí huele de maravilla —le digo, y él sonríe orgulloso.

—Bien. Espero que también sepa increíble.

Nos quitamos la ropa de invierno y nos dirigimos a la cocina. Su casa es cálida y me relajo más cuanto más tiempo estoy aquí.

—Voy a hacer unas galletas para acompañar —dice abriendo la nevera.

Me sorprendo al ver que la nevera está llena y le miro enarcando las cejas.

—Estoy a punto de tener una esposa —dice—. Necesito poder cuidar de los dos.

Se me derrite el corazón y siento que un rubor tiñe mis mejillas.

—¿Quieres que te ayude con algo? —le pregunto mientras saca la lata de galletas.

—No, creo que lo tengo. ¿Quieres algo de beber? He comprado vino y champán. Además, tengo agua o leche.

—Tomaré un vaso de vino —le digo, y él asiente.

Abandona las galletas para traerme la bebida y yo me acerco al mostrador, tomando el relevo.

—¿Hoy no has tenido que trabajar? —le pregunto, y él ahoga un bostezo.

—Lo hice. Hoy tenía un turno muy temprano, así que salí como a las ocho de la mañana.

—No teníamos por qué salir si estabas cansado —le digo, pero me hace un gesto para restarle importancia.

—Quería verte. Te echaba de menos.

Termino de poner las galletas en la bandeja del horno y él me pasa un vaso de vino.

—Gracias.

Asiente con la cabeza, desliza la bandeja en el horno y pone el temporizador.

—¿Rescataste a alguien? —Pregunto mientras tomo asiento.

—Hubo una pareja que se escabulló para ver el amanecer y luego se dio la vuelta. Los llevé a la montaña a verlo y luego los conduje de vuelta al complejo.

—¿Era bonito?

—No lo sé —murmura, y yo frunzo el ceño.

—¿Por qué no?

—No estaba mirando.

—¿Por qué no? —vuelvo a preguntar, y él se inquieta.

—Estaba demasiado ocupado mirando el complejo y preguntándome qué estabas haciendo —admite finalmente.

Entonces lo siento. Estoy total, completamente, perdidamente enamorada de este hombre.

—Alec... —Susurro y él se aclara la garganta, toma un vaso y lo llena de agua.

Bebe la mitad del vaso mientras le miro y vuelve a aclararse la garganta.

—Necesito hablarte de algo —dice, y yo me tenso.

—¿Algo bueno? O...

—Eso espero —murmura, y ahora siento curiosidad.

—Vale, ¿qué pasa?

Suena el temporizador y saca las galletas.

—Déjame hacernos un plato a cada uno.

Sé que me está dando largas, pero le dejo.

—¿Qué has hecho? Nunca pregunté.

—Se llama pollo tetrazzini. Básicamente son espaguetis con queso y pollo. Sonaba bien esta mañana cuando me estaba congelando —dice riendo.

—Suenan bien ahora, y estoy calentita —acepto.

Nos prepara un plato a cada uno, nos sentamos juntos en la encimera de la cocina y comemos.

—Esto es tan bueno —digo entre gemidos.

Alec se queda helado mirándome la boca y yo tomo una servilleta y me limpio los labios.

—¿Tengo queso en la cara o algo así? —pregunto cuando no aparta la mirada.

—No, no, estás... estás bien —dice, con la voz algo ronca.

Comemos en silencio unos instantes, y entonces le miro.

—¿De qué querías hablar? —le pregunto mientras se come lo que le queda.

—Tengo que decirte algo.

Termino lo que me queda de comida y me giro hacia él, prestándole toda mi atención.

—De acuerdo.

Respira hondo y yo espero.

—¿Has oído hablar alguna vez de los cambiaformas o de las parejas predestinadas? —Me pregunta, y me pilla desprevenida.

No sé qué pensaba que iba a decir, pero no era eso.

—Um, no. ¿Qué es eso?

—Empezaré por el principio —dice, y yo asiento con la cabeza—. Un metamorfo es alguien que puede cambiar de forma humana a animal. Los hay de todos los tipos. Cambiaformas lobo, oso, halcón, conejo, nombra un animal, y hay un tipo de cambiaformas de eso.

Parpadeo, intentando entender lo que dice.

—Soy un cambiador de osos —continúa—. Un oso pardo. ¿Los chicos con los que trabajo? Todos son metamorfos también. La mayoría lobo, aunque Gunner es un oso negro y Ash es un oso polar.

—Um, vale —digo vacilante.

—Y los cambiaformas tienen parejas predestinadas. Es su elegido, la persona con la que están destinados a estar, a la que amarán para siempre.

—¿Como un alma gemela?

—Exactamente, pero con los metamorfos es un poco diferente. No tenemos citas; ni siquiera nos fijamos en el sexo opuesto. La única persona que nos interesa es nuestra pareja predestinada.

—Suenan bien —admito—. Para estar seguro de que estás con la persona adecuada.

—¡Exacto! —Dice, sonando aliviado.

Asiento con la cabeza, mirándole fijamente, y él vuelve a respirar hondo.

—Eres mi compañera predestinada, Morgan. Lo supe en cuanto te encontraste conmigo en el complejo —admite—. No te lo dije porque sé que es mucho para asimilar.

—Por eso aceptaste mi propuesta tan rápido —murmuro, y él asiente.

—Pensé que tú también podías sentir el vínculo entre nosotros.

—Y entonces te dije que sería falso —digo, recordando lo cabizbajo que se había quedado.

Asiente, mirándose las manos.

—Por eso dije que quería una oportunidad contigo, de verdad. Sé que estamos hechos el uno para el otro, pero sabía que necesitarías tiempo para descubrirlo.

Tengo en la punta de la lengua decirle que ya lo he descubierto y que le quiero, pero me trago las palabras.

—Quiere conocerte —suelta Alec, y yo parpadeo.

—¿Quién?

—Mi oso.

—Tu... ¿Puedes oírlo? —Susurro, y él sonrío.

—Sí, y puede oírte —me susurra, y yo me río.

—Lo siento, está bien. ¿Siempre has podido comunicarte con él?

—Sí. Al principio fue duro porque básicamente tienes dos voces en la cabeza, pero ahora ya me he acostumbrado.

—¿Cómo lo conozco? —Pregunto—. Espera, a él no le gustará hacerme daño, ¿verdad?

—No, claro que no. Sabe que eres nuestra compañera. Los dos moriríamos por protegerte. No tienes por qué tenerle miedo —me tranquiliza.

—Vale. ¿Cómo lo hacemos?

—Vamos al porche trasero. Ocupa mucho espacio.

Asiento con la cabeza y le sigo fuera. Recoge una manta y me envuelve con ella antes de que salga al porche.

—Espera ahí.

Asiento con la cabeza y veo cómo baja los escalones y se adentra en la nieve.

—Tengo que desnudarme —explica mientras empieza a ponerse la camiseta por encima de la cabeza.

—¿Por qué?

—Si no, me rasgaré las vestiduras.

—Entendido.

Parece una locura estar haciendo esto. Quiero decir, el tipo está a punto de convertirse en un oso. Me sorprende creerle en todo esto, pero confío en Alec. Nunca me ha mentido y tengo la sensación de que tiene razón y que estamos hechos el uno para el otro.

Se lleva la mano a los pantalones y yo miro hacia otro lado, intentando darle algo de intimidad.

—¿Preparada? —Me llama un minuto después, y yo asiento con la cabeza, mirándole.

«Es muy fuerte».

Es lo primero que pienso al contemplar los músculos y la piel bronceada de Alec. Parece enorme, incluso más de lo que es normalmente sin ropa. Supongo que la ropa de invierno oculta algo.

Me hace un gesto con la cabeza y entonces ocurre. En un momento está desnudo delante de mí y al siguiente hay un oso. Casi sucede demasiado rápido para que me dé cuenta, y parpadeo.

—Guau —respiro, y el oso da un paso hacia mí.

Me dirijo hacia las escaleras y él se reúne conmigo al pie de ellas. Mi mano tiembla ligeramente cuando extendiendo la mano y acaricio la cabeza del oso. Casi nos miramos a los ojos, incluso con el impulso que me dan los escalones.

Hace un ruido sordo cuando rozo su suave pelaje con las manos y sonrío.

—Tan suave.

Aprieta aún más la cabeza contra mi palma y me río. Acaricio al oso durante unos minutos más, acostumbrándome a estar cerca de él, y entonces se da la vuelta y vuelve al patio. Un segundo después, Alec está allí de pie y toma su ropa.

—No está tan mal, ¿verdad? —Me pregunta mientras se pone los pantalones, y yo asiento con la cabeza.

—No, era lindo.

Resopla, y me pregunto qué estará diciendo su oso.

Entonces me doy cuenta de que esto es real. Estoy enamorada de un cambiaformas. Siento que mi mente se acelera y retrocedo un paso. Mi teléfono empieza a sonar y sé que

probablemente sean mis padres. Cuando lo saco y veo el nombre de mi madre en la pantalla, suspiro.

—¿Necesitas irte? —Alec pregunta mientras se une a mí en el porche.

—Probablemente. Todavía tengo que jugar limpio con ellos hasta mañana.

—¿Seguimos entonces? ¿Para nuestra boda?

Parece nervioso y yo sonrío.

—Sí, seguimos.

Asiente, aliviado, y le sigo hasta la puerta principal. Nos ponemos las botas y los abrigos y salimos hacia su camioneta. El camino de vuelta al complejo es casi silencioso, y gimo cuando aparcamos delante.

—No quiero volver ahí dentro.

—No tienes que hacerlo —dice Alec, y ojalá tuviera razón.

—Una noche más —le digo, y él asiente.

—Hay una cosa más —dice antes de que pueda salir.

—¿Otra cosa de cambiaformas? —Supongo, y él asiente.

—Mañana es luna llena.

—Bien.

—Y los cambiaformas y sus parejas pueden sentir esta cosa llamada calor de apareamiento. Es como una atracción entre ellos.

—¿Qué tipo de tirón?

—Mañana vamos a tener sexo en la mente —me dice, y yo le miro fijamente.

—¿Qué?

—Como mucho —admite, y no sé muy bien cómo reaccionar.

—De acuerdo...

—Solo quería avisarte por si mañana te despiertas y te sientes... rara..

—Entendido. ¿Algo más que deba saber? —le pregunto, y él niega con la cabeza.

—No lo creo. No ahora, al menos.

Compartimos una mirada y luego me río.

—Sexo —murmuro mientras él salta para abrirme la puerta.

Sigo sonriendo cuando entro en el complejo y me dirijo a mi habitación. La sonrisa se me borra cuando veo a mis padres fuera de la habitación.

—¡Ahí estás! —Exclama mi madre.

—¿Dónde has estado todo el día? Desapareciste. ¿Tienes idea de lo grosero que es eso para nosotros y para Randolph? —Mi padre se ríe.

Quiero decirles que no me importan ni ellos ni Randolph, pero sé que eso solo causaría problemas.

—Pagamos este viaje, preparamos todo esto, y tú sigues escapándote —dice.

—Qué desagradecida —añade mi madre.

Tengo en la punta de la lengua recordarles que nunca les pedí venir a este viaje, pero me trago las palabras.

—Lo siento —murmuro—. Solo estaba explorando.

—Espero que nos veamos mañana para desayunar. A las ocho en punto —ordena mi padre y yo asiento con la cabeza.

—Entendido.

Fruncen el ceño y, por un momento, temo que vayan a seguir reprendiéndome, pero se limitan a suspirar y se marchan dando pisotones por el pasillo. Me meto en la habitación del

hotel y suspiro, intentando olvidarme de mis padres y de Randolph.

Mientras me preparo para acostarme, no puedo evitar preguntarme cómo será mañana.

OCHO

Alec

ES el día de mi boda y la noche de luna llena. Ya puedo sentir el calor del apareamiento, y solo es mediodía. Sé que esta noche estaré aún más desesperado por mi pareja.

«Me pregunto si Morgan también puede sentirlo.

Eso espero», refunfuña mi oso.

Me visto y me pongo el único traje que tengo. Me aprieta un poco en los hombros y espero no romperme nada mientras me preparo para ir al juzgado. He quedado con Morgan allí a las tres para nuestra boda. Ojalá pudiera recogerla, pero esta mañana me ha mandado un mensaje diciendo que ya estaba en la ciudad con sus padres y que se reuniría conmigo allí.

Son las tres menos cuarto y me apresuro a tomar las llaves y salir de casa. Me pongo el abrigo sobre el asiento del copiloto y me dirijo montaña abajo hacia la ciudad. Llego con tiempo de sobra, subo corriendo las escaleras del juzgado y entro.

Me detengo en seco cuando entro en el edificio y veo a todos mis amigos allí.

—¿Qué hacen aquí? —Les pregunto mientras me dirijo a saludarles.

—¿Creías que nos íbamos a perder tu boda? —pregunta Davis con una sonrisa burlona, y yo me río.

—Bueno, sabía que tenías trabajo.

—No nos lo perderíamos —dice Niko sinceramente, y yo sonrío.

Todos los chicos están aquí con sus parejas predestinadas, sonrío y les doy las gracias por venir. Luego me doy la vuelta y busco a mi pareja. El juzgado está bastante silencioso y no tardo en darme cuenta de que aún no ha llegado.

Echo un vistazo por las ventanas delanteras y escudriño las calles, pero tampoco hay rastro de Morgan por allí. Saco el móvil y estoy a punto de mandarle un mensaje cuando recibo uno.

MORGAN: ¡Ya voy para allá! Lo siento, hoy he tardado más de lo previsto en alejarme de mis padres.

Alec: Está bien. Estoy aquí, justo dentro de las puertas.

Morgan: ¡Nos vemos en un minuto!

VUELVO A METER el teléfono en el bolsillo y escudriño las aceras hasta que veo el pelo negro y la figura curvilínea de Morgan corriendo calle abajo hacia el juzgado.

Salgo por la puerta y bajo a toda prisa los escalones hacia ella.

—Hola, siento llegar tarde. Mis padres no querían dejarme ir hoy.

—¿Crees que sospechan algo? —Pregunto, mirando detrás de ella para ver si veo a alguien siguiéndola, pero no veo a nadie.

—No lo sé. Estaban raros esta mañana cuando se despidieron y se dirigieron a la ciudad o donde sea. Las cosas estaban... tensas. Aunque no dijeron nada.

—Vayamos a ver al oficiante por si lo hacen —digo, y ella asiente.

Le agarro la mano y me la aprieta. Le sonrío y me mira fijamente.

—Puedo sentirlo —susurra mientras subimos los escalones.

—¿El calor de apareamiento? —susurro, y ella asiente.

Respiro hondo, intentando controlar a mi oso ya que puedo oler su excitación.

—Mierda, Morgan. Te necesito, pero no voy a obligarte a hacer nada que no quieras. Necesito que lo sepas.

—Lo sé. Confío en ti —dice, apretando de nuevo mi mano.

Le suelto la mano para abrirle y sujetarle la puerta.

—Y yo también te quiero a ti —susurra mientras pasa a mi lado.

«Reclámala». Mi oso ruge dentro de mí y aprieto los dientes, conteniéndolo.

«Estamos a punto. Está a punto de ser nuestra esposa», le recuerdo.

«Sí, sí, sí. Eso es genial y todo, pero necesitamos que sea nuestra. Nuestra compañera».

—Hola —nos saluda Elle, la compañera de Niko, y yo parpadeo, controlándome.

—Lo siento, Morgan, estas son las esposas de mis amigos. Elle, Cameron, Frankie, Tessa y Sophie. Señoritas, este es mi Morgan.

—¡Es un placer conocerte por fin! —dice Tessa, dando un paso adelante y envolviendo a Morgan en un abrazo.

—A ti también. Alec me ha hablado de todos ustedes —dice Morgan con una tímida sonrisa.

—Todo bien, espero —bromea Davis.

—Podemos hablar luego. Ahora vamos a casarnos —digo, agarro a mi compañera y la llevo al despacho del oficiante.

La recepcionista levanta la vista y nos sonrío.

—Hola, chicos —nos saluda.

La reconozco de las reuniones de la manada, pero no recuerdo su nombre.

—Hey, estamos aquí para casarnos.

—Sí, déjame decirles que estás aquí.

Se dirige de nuevo a un despacho y yo atraigo a Morgan hacia ella.

—¿Todavía quieres hacer esto, verdad? —susurro, y ella sonrío, asintiendo.

—Absolutamente.

Nos vuelven a llamar unos instantes después y mantengo a Morgan cerca de mí mientras nos colocamos en el despacho del oficiante. Mis amigos se reúnen a nuestro alrededor y sonrío cuando nos ponemos delante del oficiante.

—¿Listos para empezar? —El oficiante pregunta, y Morgan y yo asentimos.

La ceremonia empieza un momento después, pero no puedo concentrarme en nada de lo que dice el oficiante. Lo único en lo que puedo pensar es que tengo a mi pareja predestinada y que nos vamos a casar. Esta noche estaremos unidos en todos los sentidos.

—Alec, ¿aceptas a Morgan como esposa, para amarla, consolarla, honrarla y mantenerla,

renunciando a todo lo demás, mientras vivan los dos? —El oficiante pregunta, y vuelvo al presente.

—Sí —juro.

—Y Morgan, ¿aceptas a Alec como tu legítimo esposo, para amarlo, consolarlo, honrarlo y mantenerlo, renunciando a todos los demás, mientras ambos vivan?

—Sí —dice sonriéndome.

—Por favor, tómense de la mano y repitan conmigo —dice el oficiante—. Yo, Alec Warren, te tomo a ti, Morgan Wright, como mi legítima esposa, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, para amarla y apreciarla, desde este día en adelante.

Repito las palabras, mirando fijamente los bonitos ojos verdes de Morgan todo el tiempo. Entonces llega el momento de mi compañera.

—Yo, Morgan Wright, te tomo a ti, Alec Warren, como mi legítimo esposo, para tenerte y conservarte, en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza, para amarte y respetarte, desde este día en adelante.

Morgan repite las palabras y yo respiro entrecortadamente. Ha llegado el momento. Estamos a punto de ser declarados marido y mujer.

Las puertas se abren de golpe y todos damos un respingo, girando para ver a qué se debe la interrupción. Morgan se tensa a mi lado y sé que las personas que nos miran son sus padres y Randolph. Puedo ver el parecido familiar, pero estas personas son mayores y tienen un aspecto muy severo. No se parecen en nada a la mujer feliz y relajada que es mi compañera.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Su madre grita, y me muevo delante de Morgan.

Veo que mis amigos también se ponen delante de sus compañeras. Tienen los ojos clavados en los intrusos y sé que los ven como la amenaza que son.

—Me voy a casar —dice Morgan, y su madre se burla.

—¡Con el hombre equivocado! —Ella grita.

—No, con el hombre que yo elija. No quiero casarme con Randolph. Estoy destinada a estar con Alec.

—¿Este hombre? ¿Qué puede ofrecerte? ¿Qué tan bien lo conoces? —Pregunta y sé que está intentando manipular a Morgan para que se vaya y haga lo que le ordenan.

—Le conozco. Puede ofrecerme una vida de amor y apoyo —dice Morgan con confianza.

Su madre debe ser capaz de ver que no será capaz de abrir una brecha entre nosotros porque cambia de táctica.

—¿Y Susan? —Pregunta en voz baja, y veo que Morgan traga saliva.

—Yo me ocuparé de ella —dice Morgan, pero ahora no suena tan segura.

—¿Cómo? ¿Cómo te lo vas a permitir? —Su padre gruñe, y ella se estremece.

Agarro con fuerza a mi compañera. Mi oso gruñe en mi cabeza. Quiere que los haga pedazos, pero no estoy seguro de que mi compañera lo aprecie.

—Puedo permitírmelo —les digo, y me fulminan con la mirada.

—¿Tú? —Pregunta su madre, riendo amargamente.

—No, no puedes —dice su padre, con un brillo maligno en los ojos.

—Pero yo sí puedo —añade Randolph.

Le fulmino con la mirada, pero sus ojos están clavados en Morgan. Puedo ver la mirada lujuriosa en su mirada, y dejo que se me escape un poco el oso.

«Por lo menos hazlo pedazos», gruñe mi oso, y yo estoy de acuerdo con esa idea.

—En realidad, puedo —digo y todos me miran dubitativos—. He ahorrado casi todo mi

dinero desde que empecé a trabajar a los quince años. Aprendí a invertir y podría jubilarme hoy mismo si quisiera y estar preparado para toda la vida. Ahora que estamos casados, todo eso también es de Morgan.

—¿Qué? —pregunta Morgan, con cara de asombro.

—Aunque no fuera rico. Todos habríamos contribuido a cuidar de Susan —dice Niko, y veo que mis amigos asienten.

Eso parece haber hecho callar a sus padres y a Randolph, y me vuelvo hacia mi compañera.

—Por favor, termina —susurra Morgan al oficiante.

Me mira y yo asiento.

—Entonces, con el poder que me confiere el estado de Alaska, los declaro marido y mujer.

—¡No! —Gritan sus padres y Randolph.

Intentan dar un paso adelante, pero mis amigos se lo impiden.

—Ya puedes besar a la novia —concluye el oficiante, y yo doy un paso adelante, acunando la cabeza de Morgan entre mis manos mientras mis labios se acercan a los suyos.

La beso, solo brevemente, porque estoy nervioso por lo que estén haciendo sus padres y su futuro prometido.

«La besaremos como es debido cuando estemos a salvo en casa», le digo a mi oso, y él asiente.

—Firmen el papeleo —dice el oficiante, y ambos nos apresuramos a garabatear nuestras firmas en las líneas que él señala.

«Bien, ahora vete de aquí», dice mi oso una vez que hemos terminado.

—Sácame de aquí —susurra Morgan, como si pudiera leerme el pensamiento, y yo le dirijo una sonrisa sombría, agarrándola de la mano mientras salimos hacia la puerta.

NUEVE

Morgan

ESTOY CASADA.

Me siento surrealista mientras sigo a Alec por los escalones del porche.

—Espera —dice mientras abre la puerta. Frunzo el ceño, preguntándome qué está pasando cuando, de repente, se agacha y me levanta en brazos.

Jadeo, y él sonríe mientras me lleva al otro lado del umbral y entra en la casa.

—Bienvenida a casa, Sra. Warren.

En casa. Eso es exactamente como este lugar siempre se ha sentido.

Mi mente se acelera mientras me lleva escaleras arriba y al dormitorio. Supongo que ahora es nuestro dormitorio.

Me pone de pie junto a la cama y me tomo un momento para mirar a mi alrededor. El espacio está escasamente amueblado, con una cama, una cómoda y dos mesitas auxiliares. Una puerta a la izquierda da al cuarto de baño y otra a la derecha a un armario con unos cuantos abrigos y jerséis colgados.

—Puedes decorarlo como quieras —dice Alec, y yo sonrío.

—¿Estás seguro? —pregunto con una sonrisa malvada, y él sonríe.

—Sí. Vuélvete loca. Hazlo con toda la casa. Quiero que te encante estar aquí.

Nos sonreímos un momento y vuelvo a sentir la conexión entre nosotros. Ese calor de apareamiento que mencionó está volviendo, y aún no es de noche.

—Alec —susurro, y él traga saliva, su sonrisa se desvanece.

—Compañera. No tenemos que hacerlo. Podemos esperar hasta que estés lista.

—Estoy preparada —le prometo.

—Podría ser solo el calor del apareamiento.

—No lo es. Me he sentido atraída por ti desde el momento en que me salvaste de mi desastroso primer intento de esquiar.

—Todavía te debo lecciones.

—Así es, pero no quiero hablar de eso ahora.

—¿Qué quieres ahora? —Pregunta bruscamente.

—A ti —susurro, acercándome y rodeando su cintura con mis brazos.

Alec vacila, pero entonces siento su enorme mano en mi nuca. Me alisa el pelo y me frota suavemente la nuca mientras me estrecha contra él.

—Morgan.

—Estoy segura —le aseguro.

Luego me pongo de puntillas y cierro los labios sobre los suyos. Alec emite un sonido áspero y se lanza a la batalla con mi boca. Sus labios se angulan contra los míos, reclamándome, marcándome, y yo gimo, dejándole acceder a todo mi ser.

El placer se desliza en mi vientre, pegajoso y caliente, mientras Alec me aprieta contra la pared junto a la cama. Empieza a explorar mi cuerpo y yo me arqueo contra él. Siento que sus manos están por todas partes. En el culo, en el pelo, moldeando mis curvas. Está a mi alrededor y me encanta.

Me pierdo en él, en la sensación de sus labios contra los míos, su lengua enredándose con la mía, sus manos recorriéndome. Es como si intentara absorberme, hacernos uno. Yo también quiero eso.

Gruñe y el sonido es más profundo. No puedo evitar preguntarme si ese era su oso.

Muevo las caderas contra él, necesitando más presión, y Alec gime contra mi boca. Sus dedos se clavan en mis caderas lo bastante fuerte como para dejarme moratones. Pero no me importa. Quiero que me marque. Me aprieta el culo y me mantiene pegada a él mientras me aprieta.

Alec aparta la boca de la mía, como si le molestara no seguir besándome. Antes de que pueda preguntarle qué está haciendo o rogarle que vuelva a acercar su boca a la mía, toma el dobladillo de mi jersey y me lo pone por encima de la cabeza.

Había planeado casarme con un vestido, pero no quería avisar a mis padres, así que llevo un jersey de lana y unos vaqueros. No es exactamente elegante, pero Alec no parece quejarse.

—Me gusta tu traje —jadeo mientras me desnuda—. Olvidé decírtelo antes.

—También me gusta tu conjunto. Creo que te voy a querer mucho más desnuda.

Me baja los vaqueros y me quita el sujetador y las bragas en un tiempo récord, y luego me empuja hacia atrás hasta tumbarme en la cama. Veo con asombro cómo se quita la ropa.

Tiene la constitución de un tanque, y mis ojos recorren su ancho pecho, siguiendo el vello que lo cubre hasta su grueso miembro, que me apunta directamente. Sus piernas son como troncos de árbol y trago saliva, preguntándome cómo voy a abarcarlo entero.

Cuando está de pie ante mí, puedo verle como un marine. Es muy fuerte y parece un guerrero frente a mí. Me mira como si fuera un premio y me ruborizo.

Sus ojos se calientan al mirarme. Estoy en plena exhibición ante él tumbada así, y me siento cohibida hasta que me doy cuenta de cómo me mira. Es como si fuera un hombre hambriento y yo un filete para cenar. Parece que quiere devorarme, y yo quiero dejarle.

—Soy tu... compañera —digo, probando la palabra.

—Mierda, no tienes ni idea de lo que me hace oírte decir eso.

—Enséñamelo —digo, con la voz ronca.

Asiente con la cabeza, parece tomar una decisión, y luego se hace cargo.

Se acerca a la cama, me agarra por un tobillo y me separa las piernas. Su mirada se posa en la unión entre mis muslos y, cuando se lame los labios, me asusto y me derrito al mismo tiempo.

—Soy virgen —suelto, y Alec cierra los ojos como si le doliera.

«¿Va a cambiar de opinión?»

—Mierda, Morgan. Voy a hacer que grites mi nombre. Mi pene será el único que conozcas —gruñe mientras me agarra por los tobillos y me arrastra hasta el borde de la cama.

Me echo hacia atrás, rebotando ligeramente en el colchón mientras él se acomoda entre mis piernas.

—Llegaré a esas hermosas tetas en un minuto, pero no puedo esperar más para probar este

dulce sexo. Llevo días soñando con ello.

—¿En serio? —Respiro asombrada.

—Oh, sí —dice en voz baja, y entonces su aliento se abanica sobre mis pliegues resbaladizos, y me muerdo el labio, tratando de contener mi gemido.

Es inútil. En cuanto su lengua me lame el centro, pierdo la cabeza.

Grito su nombre, con los talones clavados en sus hombros y los dedos enredados en su pelo mientras me lame por completo hasta llevarme a un orgasmo y luego a otro. Estoy ronca y temblando cuando Alec me da un último lametón y me mira a la cara.

Intento memorizar su visión entre mis muslos, mis piernas colgadas sobre sus anchos hombros, mi cuerpo enrojecido por la excitación.

Mientras lo miro, se lame los labios, y el deseo que veo en sus ojos me provoca otro orgasmo menor.

«Dios, amo a este hombre».

Empieza a besarme mientras yo estoy tumbada intentando recuperar el aliento. Su recorrido le lleva por mi vientre redondeado y más arriba hasta llegar a mis pechos. Sus grandes manos me los aprietan con suavidad y los hinchán mientras él se inclina sobre mí y empieza a acariciar sus picos erectos.

—¡Alec! —Gimo y se me cierran los ojos de placer.

—Te dije que llegaría a estas bonitas tetas —gruñe contra mi piel, y vuelvo a gemir ante sus palabras.

Me aprieta ligeramente los suaves montículos, manteniéndolos en su sitio mientras me lame y me chupa los pezones. Mis grandes curvas encajan perfectamente en sus manos, y juro que es como otra señal de que realmente estamos hechos el uno para el otro.

Con cada lametón, chupada y golpecito, se produce una reacción entre mis piernas. Cuando Alec me suelta los pechos, soy un desastre retorciéndome y jadeando.

—Alec, te necesito —le suplico, y él asiente con la cabeza, el hambre en sus ojos visible, incluso en la penumbra.

El sol empieza a ponerse mientras él se cierne sobre mí. Me besa una vez más, despacio, mientras se arrodilla entre mis piernas y empuña su pene, acariciándolo una y dos veces, provocándome y excitándome a la vez.

—Alec —suplico, desesperada por él.

—¿Qué necesitas? —Gruñe, y por alguna razón, las palabras que salen de mi boca son algo que nunca esperé.

—Muérdeme.

No sé por qué lo he dicho, pero me parece muy bien.

—Cuando lo haga, te habré reclamado y nos habré unido para siempre —dice contra mi piel y yo asiento con la cabeza.

Lo quiero. Lo quiero a él.

—Hazlo —le ordeno.

Gruñe, sus ojos parecen brillar mientras se inclina y me lame el cuello. Noto su longitud en mi abertura e intento moverme, meterlo dentro de mí.

—Esto puede escocer al principio, pero luego se va a sentir muy bien. Nos va a unir.

Asiento con la cabeza, y entonces me muerde y me reclama como suya. Tal como dice, el escozor del mordisco se desvanece rápidamente y se funde en puro placer.

—Alec —gimo, mis ojos se cierran por un momento.

Cuando lame la marca del mordisco, abro los ojos. Me mira a los ojos, se inclina hacia

delante y guía la punta de su miembro hasta mi resbaladiza entrada. Mi espalda se arquea cuando empieza a empujar, y él sisea. Sé que ha llegado a mi virginidad y lo miro, mostrándole cuánto confío en él, cuánto lo deseo.

—Hazme tuya. Toda tuya.

Asiente y empuja hacia delante. Me penetra de lleno y yo aspiro. La punzada de dolor no es tan fuerte como pensaba y se me pasa en unos segundos, sobre todo cuando Alec vuelve a lamer la marca del mordisco. Una explosión de placer me recorre y jadeo. Alec está completamente dentro de mí y respiro hondo. No siento dolor, solo una sensación de plenitud.

Muevo las caderas contra las suyas, intentando probar más la sensación, y Alec suelta una maldición, enterrando la cara en mi cuello.

—Tranquila, Morgan —respira, pero no puedo parar.

—Muévete, por favor —le ruego, y él gime pero me da lo que quiero.

Su ritmo es lento al principio, para que me acostumbre a sus movimientos dentro de mí. Siento un hormigueo en cada parte de mí y cierro los ojos, intentando abrazar las sensaciones por completo.

—Los ojos en mí —me ordena, y los abro de par en par, observando su cara mientras se apoya en las manos y empieza a follarme con más fuerza.

Le rodeo la cintura con las piernas, jadeando y luego gimiendo cuando toca un punto especial en lo más profundo de mí.

—Eso es —dice Alec, agarrando uno de mis muslos y sujetándome mientras acelera el ritmo y empieza a penetrarme.

Mi orgasmo surge de la nada y me golpea con fuerza y rapidez. Gimo mientras me golpea como un crescendo, resonando como una ola que recorre todo mi cuerpo.

—Alec, Alec, Alec —canto mientras mis uñas se clavan en sus hombros.

—¡Morgan, joder! —gime, y siento su calor extenderse dentro de mí.

Se mantiene por encima de mí, y nuestras miradas chocan, permaneciendo la una en la otra mientras bajamos de nuestro subidón colectivo.

—¿Es así como pensabas que sería? —le pregunto mientras me acaricia el cuello.

—Fue mucho mejor de lo que podía imaginar.

Me besa el cuello y yo me relajo en el colchón. Es una locura, pero incluso después de todos los orgasmos que acabo de tener, sigo estando muy excitada.

—¿Cuándo podemos volver a hacerlo? —Le susurró al oído y siento cómo sonrío contra mi piel.

—¿Qué tal ahora? —Susurra seductoramente.

No me molesto en contestarle. Simplemente giro la cabeza y le beso. Parece captar el mensaje y pronto vuelvo a gemir y a gritar su nombre.

DIEZ

Alec

PARA CUANDO LA luna llena está en lo alto del cielo, Morgan y yo ya hemos hecho el amor en todas las posturas posibles que conozco y en unas cuantas que creo que nos hemos inventado. Mi oso está totalmente saciado dentro de mí, y creo que incluso se ha quedado dormido después de la última vez.

—¿Estás contenta? —le pregunto mientras le paso los dedos por el pelo.

Mi compañera está tumbada sobre mi pecho y tararea somnolienta mientras sigo pasándole los dedos por el pelo y la mano por la espalda. Ahora que es mía, no puedo dejar de tocarla.

—¿Es así como te imaginabas tu noche de bodas? —pregunto, y ella resopla.

—No, no puedo decir que alguna vez imaginé que estaría casada con un cambia-osos. Aunque, para ser justos, no sabía que existían hasta hace unos días.

—Listilla —refunfuño, y ella suelta una risita.

El sonido es como música para mis oídos, y mi oso sonríe dentro de mí.

—Nunca imaginé mi boda. Ya te lo he dicho antes. Nunca había encontrado a nadie atractivo, así que no, nunca había fantaseado o imaginado tener sexo o cómo sería mi noche de bodas. ¿Y tú? —Me pregunta mientras apoya la barbilla en mi pecho y me mira.

Lleva el pelo negro despeinado y desordenado alrededor de la cara, pero sigue estando preciosa.

—Imaginaba más la vida con mi pareja predestinada. Todos los metamorfos, o al menos la mayoría, quieren a su pareja predestinada. Es su otra mitad. Imaginaba ser feliz, tener cachorros, todo eso, pero no, el sexo y el matrimonio nunca entraron en mi cabeza.

—¿Tienes hambre? —Le pregunto, y su estómago ruge antes de que pueda responder.

Los dos nos reímos y yo salgo de la cama, la arropo y le doy un beso en los labios.

—Vuelvo enseguida.

—De acuerdo —dice, metiéndose aún más bajo las sábanas.

Bajo las escaleras y nos preparó unos bocadillos. Tengo otros ingredientes, pero me preocupa meter la pata. Además, no quiero estar mucho tiempo lejos de mi compañera.

Tomo una bolsa de patatas fritas y dos botellas de agua y vuelvo arriba. Morgan se incorpora al verme entrar en la habitación y le paso un plato.

—¡Qué rico! Gracias.

Los dos comemos y nos quedamos callados. Prácticamente inhalamos la comida y le sonrío.

—¿Quieres otra? —Le pregunto mientras se mete una patata en la boca.

—No, estoy bien por ahora.

Se apoya en el cabecero y toma unas cuantas papas más.

—¿Serás feliz viviendo en Alaska? —le pregunto, y ella parpadea.

—Claro, ¿por qué?

—Si no, entonces me mudaría. Necesitaría encontrar otro trabajo y...

—No, Alec. Sé que esta es tu casa, y me gusta estar aquí. Me gustaron tus amigos, y espero poder encontrar un trabajo aquí también.

—¿A qué te dedicas? Debería habértelo preguntado antes.

—Fui a la universidad para estudiar diseño gráfico. Esperaba trabajar para una empresa, pero quizá pueda montar mi propia empresa.

—Puedes hacerlo. Ayudaré en todo lo que pueda.

Me sonrío agradecida y mi oso me da zarpazos.

«Reclámala otra vez», me dice, y yo sonrío.

—¿A qué viene esa sonrisa? —Me pregunta mientras deja la bolsa de patatas fritas y la botella de agua sobre la mesita.

—Es mi oso. Quiere que vuelva a reclamarte —le digo.

—Hmm, ¿y por qué no? —Ella ronronea, y mi oso y yo nos ponemos en alerta máxima.

Tiro de ella hacia mí y la pongo debajo. Ella abre las piernas y yo me acomodo en el hueco de sus muslos. Mi pene roza su abertura y, cuando la encuentro empapada para mí, empujo dentro de ella.

—Alec —gime Morgan con esa respiración suya que me vuelve loco, con las uñas arañándome el cuero cabelludo y los dedos retorciéndose en mi pelo.

Su lengua se desliza contra la mía, enroscándose alrededor de la mía mientras nos besamos como adolescentes, y empiezo a moverme lentamente dentro de ella.

Me rodea la cintura con las piernas, me aprieta mientras se mueve contra mí y yo le muerdo el labio inferior, sintiendo cómo su necesidad aumenta con cada caricia. Veo la marca de mi mordisco en ella y cada vez que la miro, el orgullo y la lujuria se agolpan en mi interior.

Su espalda se arquea, empujando sus tetas hacia mi cara, y no puedo resistirme a esa oferta. Agacho la cabeza, rodeo uno de sus pezones con los labios y chupo la dura punta.

Me aprieta el pelo con los dedos y grita, moviendo las caderas contra mí más deprisa. Me apremia y, al igual que esta noche, pierdo el control y me abalanzo sobre ella como una bestia.

Por los ruidos que hace y por cómo me tira del pelo, sé que está a punto. Sus talones se clavan en mi culo, instándome a ir más rápido, más fuerte, a darle más.

Gimo, mis ojos encuentran los suyos cuando ambos salimos volando por los aires.

—Vaya —exhala, y yo asiento con la cabeza.

Ella me sonrío y mi oso pateo dentro de mí.

«Más», me empuja, y agarro las caderas de Morgan.

—Ven aquí —le digo, rodando sobre mi espalda y llevándola conmigo.

Se agarra a mis hombros, con los ojos muy abiertos y confusa por lo que voy a hacer. La agarro por las caderas y la levanto, arrastrándola por mi cuerpo hasta que se cierne sobre mi boca.

—Monta mi cara, Morgan.

Vacila, así que tiro de ella hacia abajo, acomodando su centro sobre mi boca.

Mi semen ya empieza a gotear de su dulce sexo, pero no me importa. Quiero nuestro sabor en mi boca.

Utilizo los pulgares para separar los labios de su sexo y me inclino hacia delante para

lamérselo. Mi oso gruñe en mi cabeza. Sus pliegues son suaves y cálidos, y los separo con la lengua, deseosa de saborearlo todo. Mi lengua se desliza por su clítoris, succionando el manojito de nervios en mi boca y azotándolo con la lengua mientras las caderas de Morgan empiezan a moverse por encima de mí.

—Eso es, Morgan —gimo dentro de ella mientras empieza a cabalgar mi cara con abandono.

Lamo su clítoris mientras añado un dedo, luego dos, bombeándolos dentro y fuera de ella. Los latidos de mi corazón palpitan en las venas de mi verga y se agitan por la necesidad de estar dentro de ella. Mi pene vuelve a estar duro como una roca y noto cómo gotea esperma sobre mi vientre mientras Morgan se contonea y se retuerce sobre mí, sus tetas se mecen con el movimiento y me excitan aún más.

Mi lengua se mueve en círculos alrededor de su clítoris mientras uso los dedos para volver a meter mi semen dentro de ella. No quiero desperdiciarlo, y me encanta saber que está goteando de ella todo el día.

Enrosco los dedos, rozando el punto dulce dentro de ella, y Morgan grita, cayendo hacia delante hasta que sus manos aterrizan en el cabecero.

No me detengo ni aflojo mientras chupo su clítoris y sigo frotando su punto G. Con unos cuantos lametones más, se corre en mi cara.

Mi lengua está por todas partes, lamiendo cada centímetro de ella mientras intento no perder ni una gota de sus dulces jugos. Mi pene gotea más semen sobre mi vientre mientras Morgan grita, apretando con más fuerza mi cara.

—¡Alec! No pares —me suplica, y no puedo soportarlo más.

La volteo sobre las manos y las rodillas, la agarro por las caderas y levanto su culo en el aire mientras la penetro.

—Alec —grita, sus brazos se doblan mientras cae sobre el colchón.

Tiene la cara hundida en la almohada, pero aún oigo sus gemidos ahogados y sus gritos para que le dé más.

—Compañera codiciosa —grité mientras la penetraba como un animal.

—No puedo saciarme de ti —gime, y yo agarro sus caderas con más fuerza, penetrándola como una máquina.

—Joder —siseo al sentir cómo su centro se aprieta alrededor de mi longitud.

Es demasiado estrecha, demasiado perfecta, y cuando su sexo empieza a ordeñar mi verga, la suelto.

Me derramo dentro de ella, gimiendo fuerte mientras se corre conmigo. Sus dedos se aferran a la almohada, retorcidos en la tela, mientras la golpea el orgasmo.

La saco despacio, la doy la vuelta y sonrío al ver su cara de aturdimiento. Tiene el pelo revuelto y los dos estamos sudados y pegajosos, pero no he visto nada más bonito en mi vida.

Mientras nos desplomamos contra el colchón una vez más, no puedo evitar preguntarme si así de insaciables seremos siempre el uno para el otro o si esto es solo el calor del apareamiento.

Estoy deseando descubrirlo toda la vida.

ONCE

Morgan

ALEC SE DIRIGE al trabajo y veo cómo se viste. Ayer fue increíble, pero sé que es hora de volver a enfrentarme al mundo. Sé que tengo que tratar con mis padres. Ya no los quiero en mi vida, pero siento que debo verlos una vez más y aclarar todo. Cerrar de alguna manera los últimos veintiún años.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta Alec, y yo le miro.

—Voy a ver a mis padres —le digo, y él hace una pausa.

—Iré contigo.

—No tienes por qué hacerlo —protesto débilmente, y él niega con la cabeza.

—No quiero que estés sola cerca de ellos. Quién sabe lo que podrían intentar hacer —dice.

Saca su teléfono y envía un mensaje a alguien, luego me hace un gesto con la cabeza.

—Conseguí que Ash me cubriera hoy —dice.

—Gracias —susurro—. Realmente lo estaba temiendo, aunque sé que debería ir.

—No tienes por qué hacerlo —argumenta, pero yo asiento con la cabeza.

—Lo necesito.

Asiente, me agarra la mano y me la estrecha. Me encanta cómo me apoya siempre. Es como si de verdad quisiera que fuera feliz. Mientras yo esté bien, él también lo estará.

—Acabemos con esto de una vez —suspiro, y él me hace un gesto sombrío con la cabeza.

Nos dirigimos a su camioneta e intenta distraerme durante el trayecto hasta el complejo.

—¿Deberíamos planear una luna de miel! ¿Adónde te gustaría ir?

—No estoy segura.

—Tendremos que volver a casa de tus padres para recoger tus cosas —intenta, y yo asiento con la cabeza.

Dudo que mis padres estén dispuestos a enviarme mis cosas, no después de todo esto.

—O tal vez podamos contratar mudanzas si no quieres volver allí —ofrece Alec.

—Tal vez.

Llegamos al complejo y Alec aparca cerca de la puerta principal. Levanto la mano y me paso los dedos por la marca del mordisco en la base del cuello, tratando de recuperar fuerzas.

—Estaré contigo todo el tiempo. Todo irá bien —me promete Alec.

Asiento con la cabeza y vuelvo a respirar hondo antes de bajar de su camioneta y dirigirnos a la puerta principal.

Está previsto que mis padres se vayan mañana, pero me pregunto si habrán cambiado de

planes después de que ayer me casara con Alec. Quizá ya se hayan ido.

Entramos en el ascensor y subimos a la planta de mis padres. Alec se queda a mi lado mientras avanzamos por el pasillo hasta su habitación. Oigo movimiento y voces al otro lado de la puerta y vacilo antes de llamar.

—Di la palabra y nos iremos —dice Alec mientras esperamos a que abran la puerta.

Asiento con la cabeza, mi mano sudorosa aprieta la suya.

La puerta se abre y me encuentro con la cara de enfado de mis padres.

—Tú —se burlan cuando me ven con Alec.

—Quería hablar con ustedes antes de que se fueran —empiezo, tratando de ganar el control de la conversación.

—¿Sobre cómo lo arruinaste todo? —pregunta mi madre dramáticamente.

—Solo quería aclarar las cosas. No me arrepiento de haberme casado con Alec en vez de con Randolph, y nunca me arrepentiré —les digo.

—Lo harás cuando los dos estén arruinados y vivan en la calle —gruñe mi padre.

—No dejaré que eso ocurra —dice Alec con firmeza.

—No tenemos nada que decirte —dice mi madre con frialdad, y yo asiento con la cabeza.

—Pensé que podríamos ser adultos y tener una conversación tranquila sobre todo esto, pero la verdad es que no importa. Ya no les quiero en mi vida —les digo.

—Bien, porque te repudiamos. No queremos volver a verte —me espeta mi madre.

—Necesito recoger algunas cosas de la casa.

—¡Diablos, no! —Grita mi padre.

—Puedes dejarme entrar a mí o a los de la mudanza, o me pondré en contacto con la policía —les amenazo, y parecen sorprendidos.

Nunca me había enfrentado a mis padres y sé que todo esto es territorio desconocido. Ahora no saben cómo manejarme.

—Sal y piérdete —dice mi padre entre dientes apretados.

Un momento después, me cierran la puerta en las narices y exhalo con fuerza. Una parte de mí aún siente pánico. No he podido hablarles de la mitad de las cosas que quería, pero sé que intentarlo de nuevo ahora mismo no me llevará a ninguna parte.

—¿Estás bien? —Alec pregunta mientras me guía de vuelta hacia el ascensor.

—Supongo. Ha ido más o menos como pensaba. Supongo que pensé que iría un poco mejor y que podríamos discutir algunas cosas más.

—¿Cómo qué? —Pregunta mientras subimos al ascensor y bajamos.

—Como Susan y mis cosas. Todo parece estar en el aire ahora mismo.

—Todo irá bien —promete, haciendo todo lo posible por consolarme.

Nos dirigimos a su camioneta y me abre la puerta. Parece darse cuenta de que estoy de un humor raro y me deja tranquila mientras conducimos de vuelta a casa.

Cuando volvemos a casa, me sigue en silencio de habitación en habitación hasta que llegamos a nuestro dormitorio.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué hago? —le pregunto.

—Lo resolvemos todo. Juntos.

Sus palabras me hacen sentir un poco mejor, pero sigo muy preocupada por Susan y por el futuro.

—Lo digo en serio, Morgan. Haría cualquier cosa por ti. Te amo.

Esas dos palabritas me hacen trastabillar y lo miro fijamente.

En mi corazón, ya lo sabía. Quiero decir, por supuesto que lo sabía. Me lo ha dicho y

mostrado de muchas maneras diferentes. Solo que nunca me dijo esas dos palabras en voz alta.

—Te amo más que a nada —dice en voz baja, y yo asiento con la cabeza.

—Lo sé. Yo también te amo. Muchísimo. Nunca esperé que esto sucediera. Quiero decir, nunca vi venir nada de este viaje. El matrimonio forzado, encontrarme contigo, mi falsa proposición de matrimonio. Solo... tú. No te esperaba, pero Dios, estoy tan feliz de haberlo hecho. Me salvaste de ese terrible matrimonio, de tener que pasar el resto de mi vida preocupada por mis padres y luchando sola por lo que quiero.

—Vamos a estar bien —me dice, apoyando la frente contra la mía, y yo asiento con la cabeza.

Entonces sé que tiene razón. Mientras esté con Alec, estaré bien.

Sonrío por primera vez hoy y me relajo en el abrazo de mi compañero. Estoy justo donde debía estar.

DOCE

Alec

CINCO AÑOS DESPUÉS...

—NO ME PUEDO CREER que hayas tardado cinco años —dice Morgan riendo mientras le organizo los esquís.

—Bueno, primero estuviste embarazada de Asher y luego de Millie —digo con una sonrisa.

—¡Papá, mira! —llama nuestro hijo mayor, Asher, mientras se contonea en la nieve, intentando salir del ángel de nieve que estaba haciendo.

—Aquí, amigo. Deja que te eche una mano.

Me acerco a él, lo levanto y me sonrío.

—Tiene muy buena pinta —le digo, y él sonrío orgulloso.

Nuestra hija, Millie, está sentada en el trineo, viendo a la gente bajar por la pequeña colina de práctica que hay cerca, y yo sonrío mientras coloco a Asher en el trineo detrás de ella.

—¿Están listos para irnos? —les pregunto, y ellos asienten entusiasmados.

Se retuercen en el trineo, poniéndose cómodos, y yo les sonrío. Morgan y nuestros hijos son lo mejor que me ha pasado nunca. No creía que pudiera querer a nadie más que a mi pareja, pero entonces tuvimos a Asher y Millie. En cuanto los tuve en mis brazos, me envolví en sus dedos.

—¿Estás lista para irnos? —le pregunto a mi mujer, que asiente decidida.

—Hagámoslo.

Mi oso está mirando dentro de mí. Está de pie y puedo decir que está ansioso de que nuestra compañera se lastime.

«La mantendremos a salvo», le prometo, y él refunfuña pero parece relajarse dentro de mí.

—Vamos —digo, agarrando la mano de Morgan en la mía y la cuerda para el trineo en la otra.

Arrastro a los niños por la pequeña colina y luego me detengo para ayudar a Morgan a ponerse los esquís.

—Muy bien, recuerda lo que te enseñé. Deslízate lentamente para parar —le recuerdo, mostrándoselo con los pies.

—Entendido. ¿Y cómo vuelvo a acelerar? —Me pregunta, y yo me río.

—No creo que tengamos que preocuparnos por eso ahora —le digo, y ella se ríe.

—Probablemente tengas razón.

—De acuerdo. Bajaré con los niños primero. Te esperaremos —le digo, y ella asiente.

Me subo al trineo detrás de nuestros hijos y me río cuando prácticamente rebotan en sus asientos.

—¡Uno, dos, tres! —Llamo mientras empujo, y despegamos colina abajo.

El paseo no dura mucho, pero a los niños no les importa. Me bajo y los arrastro fuera del camino mientras me giro para ver a mi compañera bajar la cuesta.

—¡Lo tienes! —Le digo, tratando de animarla.

Parece un poco temblorosa cuando se impulsa con los bastones, y se tambalea mucho cuando desciende lentamente por la colina, con los esquís casi enfrentados mientras desciende hasta el fondo. Le tiendo la mano para detenerla y suelta un gran suspiro.

—Lo hice —dice, sonando sorprendida.

—Sabía que podías. ¿Estás lista para ir de nuevo?

—Sí —dice con una amplia sonrisa.

Sonrío y le doy un beso en los labios antes de agarrar la cuerda del trineo y levantar a mi mujer. Ella suelta una risita y los niños se ríen mientras los llevo a todos a lo alto de la colina.

Pasamos la siguiente hora subiendo y bajando la colina de práctica. Estoy bastante cansado cuando Morgan se desploma en la nieve y me sonrío.

—Es todo un entrenamiento —dice, y yo me río.

—Tú tenías la parte fácil —me burlo, agachándome y levantándola.

—Tal vez —está de acuerdo.

—¿Te has divertido? —le pregunto mientras me agacho y la ayudo a quitarse los esquís.

—Sí, pero si estuviera buscando un entrenamiento, hay otras formas en las que preferiría quemar algunas calorías.

—Hmm, ¿cómo qué? —pregunto, aunque creo que lo sé.

—Te lo demostraré esta noche —susurra, y mi oso aúlla dentro de mí.

Morgan y yo celebramos nuestra boda aquí con nuestros amigos y luego fuimos a California a recoger sus cosas de casa de sus padres. Hicimos una parada de unos días en la residencia de Susan. Sé que fue duro para Morgan verla allí, pero aun así dijo que estaba contenta de haber ido. Susan falleció el último día que estuvimos en la ciudad y alargamos el viaje para poder darle un entierro digno. Sé que ese momento fue duro para ella e hice todo lo que pude para estar a su lado.

Morgan no ha hablado con sus padres desde que se fue de casa. Sé que no los echa de menos, al fin y al cabo no estaban muy unidos. Pensé que quizá se acercarían después de que tuviéramos a nuestro primer hijo, pero nunca lo hicieron. Ellos se lo pierden. Nuestros hijos son increíbles y mi pareja es la mejor. Son idiotas si no lo ven.

Sigo trabajando en el Rescate de Montaña con los chicos. Todos nuestros compañeros se llevan bien y a los niños les encanta jugar juntos. Las chicas intentan quedar para jugar al menos una vez a la semana. Ahora que los niños se están haciendo mayores y algunos de ellos están a punto de empezar el colegio, sé que las cosas van a cambiar, pero todos estamos preparados para ello. Hemos empezado a cenar juntos todos los domingos. Cada uno trae un plato y hasta ahora ha sido genial.

Se supone que vamos a cenar dentro de un rato, de hecho.

—Tenemos que irnos a casa —dice Morgan como si pudiera leerme la mente, y yo asiento con la cabeza.

—¿Te devuelvo los esquís si quieres meter a los niños en el coche? —pregunto, y ella

asiente.

—Perfecto.

Se va con Asher y Millie, y yo me apresuro a devolver los esquís y los bastones.

Morgan empezó su propio negocio de diseño gráfico. Se le da muy bien y su negocio va viento en popa. Trabaja para sí misma, fija su propio horario y elige los proyectos que quiere llevar a cabo, así que también funciona para nuestra familia. Me alegro de que sea feliz.

—¿Lista para volver a casa? —Pregunto mientras me pongo al volante.

—¿Y la cena? —Asher pregunta, y yo sonrío.

—Vamos a asearnos y luego nos vamos —le aseguro.

Se da por satisfecho con la respuesta y sonrío mientras salgo del aparcamiento. Sostengo la mano de Morgan y la estrecho con fuerza mientras nos dirigimos a casa.

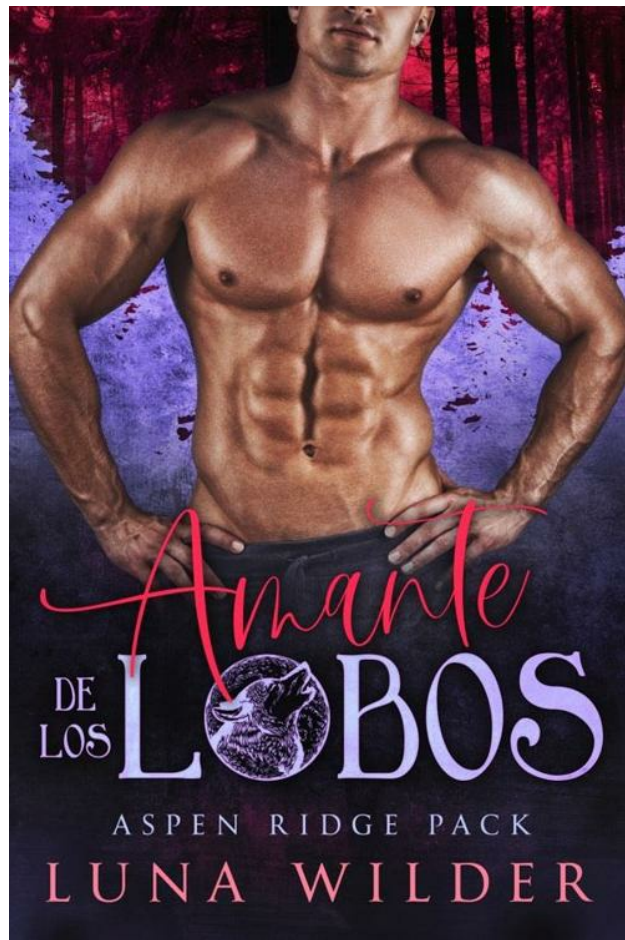
Nunca pensé que conocería a mi compañera predestinada cuando casi me atropella. Tampoco pensé que sería ella quien me pediría matrimonio, pero lo hizo y, por suerte para mí, todo salió bien.

Mi oso asiente en mi interior y sonrío mientras conduzco a mi familia a casa. Estoy deseando cenar... y ver qué clase de entrenamiento nos ha preparado mi compañera para esta noche.

¿BUSCAS MÁS LIBROS EN ESPAÑOL? [**¡Échales un vistazo aquí!**](#)

WANT A FREE BOOK?

¡Consigue Wolf Lover gratis! ¡Puedes hacerte con tu copia [aquí](#)!



Visite www.lunawilderbooks.com para obtener más libros gratuitos.

ACERCA DEL AUTOR

Autor de novelas paranormales. ¡Amante de los hombres altos, las mujeres fuertes y los felices para siempre! Si te encantan los compañeros predestinados, los cambiantes sexys, las mujeres con curvas, los hombres alfa y las especias, ¡entonces te encantará un libro de Luna Wilder!

www.lunawilderbooks.com



OTRAS OBRAS DE LUNA WILDER

Aspen Ridge Pack: Shifter M.D.

[Bitten By The Doctor](#)

[Bound To The Doctor](#)

[Fated To The Doctor](#)

[Marked By The Doctor](#)

Aspen Ridge Pack: Loners

[The Grizzlies Captive Mate](#)